1147

Las Batuecas

Comedia en 7 cuadros

por

J. E. Hartzenbusch

4

Cuaderno 104 de 2 reales

BARCELONA

MONTANER Y SIMON, EDITORES

CALLE DE ARAGON, NUMEROS 309 Y 311

LAS BATUECAS,

COMEDIA DE MAJIA EN SIETE CUADROS

EN VERSO Y PROSA

DE

D. JUAN EUJENIO HARTZENBUSCH.

MADRID.

IMPRENTA DE REPULLÉS.

Octubre de 1843.

PERSONAS.

MATEO PICO.
LUCÍA.
PAULINO.
ALFONSO.
EL MAGO VIRTELIO.
EL MAGO SOFRONIO.
EL MAGO FORTUNIO.
DON TURULEQUE.
MARI-CASTAÑA.
DOÑA CLORI.
MELISENDRA.
DULCINEA.
MARCOLFA.
EL CAPITAN BADANA.
EL DÓMINE GOLONDRO.
EL BACHILLER COMINO.
EL LICENCIADO RASPON.
EL REY DE LOS GNOMOS.
LA REINA DE LAS SALAMANDRAS.
LEON.
UN JUEZ.
UN BUÑOLERO.
UNA FRUTERA.
UN MELERO.
UN REPOSTERO.

Jueces, alguaciles, dueñas, pajes, estudiantes, músicos, gnomos, salamandras, vendedores, pasiegas, damas, cortesanos, soldados, mozos, chulos, pueblo.

La escena es en las Batuecas, y la accion se supone por los años de 1488.

Esta Comedia, que pertenece á la Galería Dramática, es propiedad del Editor de los teatros moderno, antiguo español y estrangero; quien perseguirá ante la ley al que la reimprima ó represente en algun teatro del reino, sin recibir para ello su autorizacion, segun previene la Real orden inserta en la Gaceta de 8 de Mayo de 1837, y la de 16 de Abril de 1839, relativas á la propiedad de las obras dramáticas.

Cuadro primero.

Bosque espeso y fragoso: peñas altas en el fondo, por entre las cuales, á orillas de un barranco, se baja hasta la llanura, que solo principia cerca ya del proscenio: á la derecha del espectador una fuente rústica, sobre la cual se alza un peñasco cubierto en parte con las ramas cruzadas de varios arbustos que brotan á los dos lados de la fuente.

ESCENA PRIMERA.

MATEO. LUCÍA.

Mat. (*Dentro, en el fondo, por la izquierda del espectador.*)
¡Só, só! ¡Maldito animal!
¡Pues no ha cojido mal trote!
¡Só!
Luc. (*Dentro.*) Va á despeñarse aqui.
Apéame, no me arroje. —
¡Ay Jesus!
Mat. (*Dentro.*) Se me escapó.
¡Por vida de los demontres!
(*Por el fondo y por una senda alta salen Mateo y Lucía tras un burro que va corriendo por entre las peñas hasta pararse á orillas del barranco. Mateo trae al brazo unas alforjas.*)
Ceja aqui, pollino. — ¡Mira,
mira el condenado dónde
se fué á meter!
Luc. ¡Ay, Mateo!
no le sigas, que te espones
á caer en un barranco.

669096

Déjale: como es el bosque
tan espeso, no podrá
irse lejos.

(*El burro va á saltar el barranco y se cae en él.*)

Mat. ¡Buenas noches!

Luc. Se precipitó en el hoyo.

Mat. Malos lobos le devoren.

Luc. Nos hemos quedado á pié.

Mat. Y gracias que echó de un bote
las alforjas á rodar,
porque si no, fuera doble
la pérdida: no le sacan
de ese pozo á dos tirones.

(*Van bajando á lo llano.*)

Luc. ¿Y qué hemos de hacer ahora,
Mateo?

Mat. No te acongojes.
No faltarán alquerías
ó cabañas de pastores
donde hospedarnos: en todo
caso bien cerca nos coje
la Peña de Francia: iremos
allá.

Luc. ¿Y si álguien nos conoce?
¿Cuántas leguas te parece
distamos de Alba de Tormes?

Mat. Si al estraviarnos hoy
no retrocedimos, doce.

Luc. Doce leguas... ¿Estaremos
libres de persecuciones
ya?

Mat. Sí tal: el duque de Alba
rabiará cuando le informen
de nuestra fuga, y hará
que por los alrededores
de la villa se nos busque;
dirá que es delito enorme
que un paje y una doncella
de su casa se enamoren
contra su mandato, y huyan
sin decir oste ni moste;
mas luego se aplacará,

pues siendo tú y yo dos pobres
diablos, ajeno parece
de tan distinguido prócer
que, ni aun para hacernos daño,
por nosotros se incomode.

Luc. Tú me inspiras confianza.
Ven, y miremos si corre
por aqui algun manantial:
tengo sed.

Mat. Fuerza es que brote
de entre estos peñascos agua
que mantenga los verdores
de estos juncos, de esta yerba,
de esos recios alcornoques.—
Aqui hay una fuente.

Luc. (*Registrando las alforjas.*) Saco
el vaso.

(*Llégase á llenar el vaso á la fuente, y esta cesa de correr.*)

¡Calla!

Mat. De golpe
ha cesado de manar.

Luc. Pues: y el sobrante se esconde
por las grietas de las peñas,
sin quedar con que me moje
los labios.

Mat. ¿Será esta fuente
de las que allá en Alba el dómine
del duquesito llamaba
intermitentes?

Luc. Y el nombre
ese ¿á qué fuentes lo aplican?

Mat. Segun las esplicaciones
que oí, son unas que manan
un rato, y paran y rompen
luego á correr otra vez
por el mismo tiempo y órden.
Esto afirman que consiste....

Luc. No entres en mas pormenores,
que no tengo yo á las ciencias
la aficion que tú.

Mat. Aficiones

desgraciadas puede haber;
mas apuesto que en el orbe
no hay persona á quien las suyas
menos que á mí se le logren.
Siempre mi ambicion ha sido
ser un sabio; pero dióme
una mollera el señor
tan roma, tan dura y torpe,
que con andar á la escuela
de seis años á catorce,
y sacar de alli atestada
la cabeza de chichones,
de palmetazos las manos
y el trasponiente de azotes,
ni siquiera sé leer.
Vamos, ¡mayor mazacote...!
Mateo Pico me llaman;
pensé adquirir el renombre
de *pico de oro;* sí, sí:
¡buen pico de empedradores
es el mio!

Luc. ¿Y qué te importa?

Mat. Si á lo menos fuera un jóven
gallardo, aunque fuese tonto,
vaya; pero ser un drope,
y ser feo y desgarbado,
chiquituelo y morenote,
¿no es para estar cada hora
echando cien maldiciones
á la suerte?

Luc. Pues alguno
te tiene envidia.

Mat. Don Lope,
mi rival, á quien el duque
pretendió hacer tu consorte;
pero ¿qué me envidia? Solo
tu amor.

Luc. (*Está bien resentida.*) Y eso ¿no supone
algo?

Mat. ¿No ha de suponer?
¡Vaya!—Por Dios, no te enojes.
Queriéndome tú, ¿quién hay

mas feliz entre los hombres?
Ni el mismo rey don Fernando
cuando en Granada enarbole
la bandera de la cruz
y le arranque los bigotes
al rey Chico, sentirá
el gozo que antes de noche
tuve al subirte en el burro
debajo de tus balcones.
Si yo solo pienso en tí;
si estoy hecho un picatoste
siempre que te miro; si eres
el único fin, el norte;
solo de mis pensamientos,
la causa de mis dolores
y mis contentos, mi vida,
mi gloria, sol de los soles.

Luc. Y tú, Mateo querido,
por esa franqueza noble
con que tus faltas acusas
y humilde las reconoces,
mas mi cariño acrecientas,
mas obligacion me impones
de ser tu amante leal,
tu cónyuje fina y dócil.
Por eso yo sin temer
escitar murmuraciones,
despreciando á tu rival,
despreciando el rico dote
que me ofreció el duque de Alba
para inclinarme á don Lope,
de tí me fié, y contigo
sola me hallo en este monte,
segura de tu respeto
á nuestros puros amores.

Mat. Sí, Lucía de mis ojos:
¡ojalá los corazones
pudieran verse!

Luc. ¡Ojalá!

Mat. Yo te aseguro que entonces...

Luc. Verias tú que en mi amor
no ha obrado nunca otro móvil

menos digno.

Mat. Tú verías
que no son ponderaciones,
sino verdad lo que digo.

Luc. El cielo á su cargo tome
castigarme si te engaño.

Mat. Otro tu mano me robe
si disimulo.

Luc. ¡Mateo!

Mat. ¡Lucía! ¿Quién este goce
tan tierno puede turbar? (*Se abrazan.*)

Luc. Nadie.

Mat. Nadie, mi bien.
(*Vuelve á correr la fuente.*)

Luc. ¿Oyes?
La fuente mana, bebamos.

Mat. Deja que estas ramas corte
que nos incomodan.

Saca la espada y derriba con ella algunas ramas de las que cubrían el peñasco que se alza sobre la fuente, y entonces se ve grabado en la piedra un letrero en caractéres góticos que dice: FUENTE DE LA VERDAD.)

Luc. Esas
¿son letras?

Mat. Forman renglones,
letras serán; pero yo
solo conozco las oes,
siendo bien redondas.—Bebe.

Luc. Muy fresca está. ¿Quieres?

Mat. Coje:
sí.

Luc. Toma.—¿No te parece
que es un poquito salobre?

Mat. Y aun amarga.

Luc. Con efecto,
aunque al pronto no se note,
sabe mal.

Mat. Sabe á demonios.

Luc. Quema el paladar.

Mat. Corroe
las entrañas: no la vuelvo
á probar yo.

Luc. Ni yo.
Mat. Cónque
ahora ¿qué resolvemos?
Luc. (*Con viveza involuntaria.*)
Escapar de aqui á galope;
que yo de tí no me fio,
y hay que evitar ocasiones.
Mat. Pues poco hace no decias
eso.
Luc. Ven acá, simplote;
¿no ves que era por tenerte
contento?
Mat. ¡Por San Onofre
bendito!
Luc. Con esas cuatro
discretas adulaciones
intereso tu amor propio
para que todo lo arrostres
por mí; porque como yo
no tengo mas protectores
ni deudos, ni mas apoyo
que tú, no me corresponde
obrar de otro modo.
Mat. ¿Luego
tú no me quieres?
Luc. ¡Pobre hombre!
Sí te quiero; pero advierte
que no eres ningun Adonis
para que una muchachita
de mi cara y de mi porte
delire por tí. Tú no haces
nada de mas aunque adores
en mí; pues quien vale menos,
razon es que se apasione
mas.
Mat. ¡Oh! no creas que yo
te amo tan á troche y moche
como antes.
Luc. ¡Cómo! ¡Qué escucho!
Mat. Por mas que te diga flores,
yo desde que has consentido
que del palacio te robe,

te estimo menos.

Luc. ¡Qué insulto!
Pues sabe, y no te sofoques,
que he tenido en esta fuga
mis ocultas intenciones.

Mat. ¿No es por casarte conmigo?

Luc. Es y no es.

Mat. Pues ¿qué hay? responde.

Luc. Yo tuve un hermano
llamado Leon,
al cual una bruja
de casa robó,
siendo niño y ciego
el ánjel de Dios.
La noche del martes,
al dar el reloj
de casa del duque
en punto las dos,
no sé de qué modo
la imaginacion
á mi cieguecito
me representó.
"¡Oh! (dije) si vive,
¿no es fuerte rigor
que ni él de mí sepa,
ni de él sepa yo!"
Apenas mi labio
soltó la espresion,
un hombre en mi estancia
se me apareció
con toda la traza
de un encantador.
Varilla, que de oro
se me figuró,
brillaba en la mano
del docto varon:
vestía ropaje
de raro color,
y encima venia
de un fiero dragon
que me hizo por poco
morir de pavor.

Y el mago me dijo:
"sal de esta mansion;
cabalga en cualquiera
bagaje menor;
y alli donde pare,
alli decretó
la suerte que encuentres
un fiel protector,
que te abra el asilo
que guarda hasta hoy
al mísero hermano
que nunca te vió."
No bien hube oido
la última voz,
dragon, mago y todo
se desvaneció.

Mat. Yo siempre... (y á todos
notorio les es),
yo siempre he tenido
afan de saber.
La noche del martes,
en punto á las tres,
trayéndome inquieto
desvelo cruel,
con estas palabras
mi pena espresé:
"¿por qué á mi cerebro
negada ha de ser
la luz de la ciencia,
que tanto anhelé?"
Apenas lo dije,
cuando cate usted
que frente á mi cama
descubro de pié
sobre un aguilucho
mas grande que diez
á un májico anciano,
ceñida la sien
con varias coronas
de verde laurel.
Y dijo: "mañana
al amanecer,

sal de Alba, y camina
de un asno á merced;
y alli donde pare,
alli te daré
el don de la ciencia
que quieres tener."
Hablar esto el mago
y hallarme sin él,
un mismo momento,
una cosa fué.

Luc. ¿Cónque segun lo que veo,
si me acompañó hasta aqui
vuesarced, señor Mateo,
quizá fué por el deseo
de saber mas que por mí?

Mat. Bien quisiera en realidad
negártelo; pero, amiga,
no obstante mi voluntad,
hay un poder que me obliga
á decirte que es verdad.

Luc. ¿Soy tan fea y sin talento
para que no se me aprecie?

Mat. Hija, tienes mucho viento;
y en fin, no hay amor exento
de interés de alguna especie.

Luc. ¡Esto oigo! Imposible que halle
mi angustia alivio.
(*Solloza y vuelve la espalda á Mateo.*)

Mat. Me baldas
con tu gemir.

Luc. (*Volviéndose á Mateo con rabia.*)
Oiga y calle.

Mat. ¿Por qué te has vuelto de espaldas?

Luc. Porque me mires el talle.

Mat. Pues; y yo soy tan bonazo,
que aunque eso merecería
un valiente latigazo,
sufro la bellaquería,
y estoy por darte un abrazo.

Luc. Y yo que en finjiendo mosca
sé ponerte como un guante,
cuando te acerques galante

voy á decirte muy fosca:
quitateme de delante.

Mat. Y yo al ver desestimar
mi amoroso testimonio,
voy á enfadarme y gritar:
Lucía, ¡voto al demonio,
que no te puedo aguantar!

Luc. Y yo entonces jiparé
esclamando: ¡en estos lances
la que quiere bien se ve!
¡Pobre de mí!—Y trataré
de huir, para que me alcances.

Mat. Yo diré: ya se acabó.

Luc. Y yo: á Dios, sin mas rodeos.

Mat. Y yo: por tus devaneos.

Luc. Yo: por tí.

Mat. Yo: por mí no.

Luc. Sí.

Mat. No.

Luc. Sí.

Mat. No.

Dos voces dentro. Deteneos.

Luc. y *Mat.* ¿Quién nos detiene?

Dentro una voz. Yo.

Dentro otra voz. Yo.

(*Ábrese á cada lado una peña, y sale Virtelio por una y Sofronio por otra, los dos con traje y varita de magos.*)

ESCENA II.

VIRTELIO. SOFRONIO.—DICHOS.

Luc. ¡Cielos! Este es el mago que en mi estancia
penetró la otra noche.

Vir. Ciertamente.

Mat. (*A Sofronio.*) Vos el májico sois á cuya instancia
del palacio salí furtivamente.

Sof. Yo soy, y ya anduviste la distancia
para acabar tu viaje, conveniente.

Vir. Aqui vais á elejir vuestro destino.
Para volver atrás ya no hay camino.

Sof. Esta selva espesísima encantada,

donde salir nos veis de peñas huecas,
guarda en su seno la escondida entrada
del dichoso país de las Batuecas.
Vega profunda en torno coronada
de riscos altos, cuyas cimas secas
forma de muro inaccesible tienen,
ignorada en Castilla la mantienen.
Un pueblo culto y numeroso habita
dentro del amenísimo recinto,
que los usos de España en parte imita
y otros tiene de jénero distinto.
De tiempo en tiempo aqui se precipita,
ó cual vosotros, ó por propio instinto,
algun viajero á quien asilo damos
tres májicos que el valle custodiamos.
Todos beben primero de esa fuente
que es la de la verdad, y ella los hace
su intencion descubrir injénuamente
sin cálculo sagaz que la disfrace.
Tres puertas se abren al viajero enfrente,
y entra por la que mas le satisface;
mas ved que elije, al penetrar por una,
la virtud, el saber, ó la fortuna.
Sofronio soy, la ciencia represento,
la ciencia que al mortal con Dios iguala:
yo los celestes orbes mido y cuento;
las honduras del mar mi vista cala;
yo para saltear el firmamento
cruzo el aire en carroza que lo escala;
yo soy, en fin, señor de cuanto encierra
la doble inmensidad de cielo y tierra.

Vir. Yo me llamo Virtelio, y simbolizo
la sencilla virtud modesta y pura;
la que asi bajo techo de carrizo
como en salon de réjia arquitectura,
y en la cumbre del bien resbaladizo
como en dolor contínuo y amargura,
quieta vive y su horóscopo contrasta,
pues para ser feliz, ella le basta.

Sof. Con el saber se adquiere el poderío.

Vir. Con la virtud la paz.

Sof. Pasmo del mundo

es el mortal á quien mi luz envio.

Vir. Yo contento dulcísimo y profundo
vierto en el alma del alumno mio.

Sof. Yo afino las costumbres.

Vir. Yo las fundo.

Sof. La dicha es el saber; seguid mi huella.

Vir. La dicha es la virtud; buscadla en ella.

ESCENA III.

EL MAGO FORTUNIO, *saliendo tambien de otro peñasco.*— DICHOS.

For. ¿Quién es el insensato que se atreve
á negarme la gran prerogativa
de que en el mundo á mi capricho lleve
del bien y el mal la varia alternativa?
¡Prometeis dicha con poder tan leve
que un soplo de Fortunio lo derriba!
¿Cómo desconocísteis de ese modo
que siendo la fortuna, reino en todo?
Sin fortuna el saber yace ignorado;
la virtud sin fortuna á nadie enseña;
saber en las tinieblas encerrado,
virtud que la luz pública desdeña,
solo es un egoismo disfrazado,
y un tesoro en poder de alma pequeña:
de modo que sin mí sois en justicia
tú pura nulidad, y tú avaricia.
Poned á la virtud en la indijencia,
y ella tal vez la arrastrará al delito;
fáltele suerte próspera á la ciencia,
y vereis como nunca da en el hito:
yo al hombre á quien otorgo la opulencia
nobleza infundo y crímenes evito;
y mil inventos útiles de nota
fueron casual hallazgo de un idiota.
Creedme, estraviados caminantes;
en mí todos los bienes atesoro:
yo á zafios de un breñal torno elegantes,
y hago de un ente ruin un pino de oro;
yo todos los defectos repugnantes

con el barniz de la riqueza doro,
y fijo por axioma verdadero
que hasta el cielo se gana con dinero.

Vir. ¡Temerario!

Sof. ¡Impostor!

For. Lo justifico,
pues tendiendo su mano bienhechora
puede salvar la humanidad un rico
mientras el sabio lenguaraz perora;
mientras grande en querer y en obras chico,
estérilmente el virtuoso llora,
cuando el mendigo hambriento que le asalta
le pide el pan que para sí le falta.

Vir. Virtud, para hacer bien, se necesita.

Sof. Para hacer bien, precisa es la prudencia.

Vir. Quien da por vanidad, al vicio incita.

Sof. Dar á ciegas, proteje la indolencia.

For. Una razon no mas desacredita
toda vuestra sofística elocuencia:
pues que de dar hablais, yo considero
que tener para dar es lo primero.
(*A Mateo y Lucía.*)
Ea, fijad vosotros vuestra suerte.

Sof. Resolved.

Vir. Elejidme por amigo,
maestro y protector.

Sof. No han de escojerte,
que si atienden á sí, vendrán conmigo.

For. Mirad que mi poder es el mas fuerte,
y soy muy de temer para enemigo.
Quien tuviere fortuna declarada,
tendrá ciencia y virtud; sin ella nada.

Mat. Vuesarcedes, señores, han parlado
los tres con agudeza peregrina;
pero segun en todos he notado,
cada cual llega el ascua á su sardina.
Haya de ser feliz ó desgraciado
en la senda que el hado me destina,
prefiero la que siempre fué mi antojo.
Sofronio, vuestro soy; la ciencia escojo.

Sof. Bien.

Vir. Mal.

For. Te ha de pesar.-Y tú ¿qué eliges? (*A Lucía*)
Vir. Medita bien primero la respuesta.
Mat. Sé doctora, y si yerro, me corrijes.
Luc. Templada en mis deseos y modesta,
poco amiga de galas y de dijes,
siempre al silencio y al trabajo presta,
ni ansio grandezas, ni al saber me aplico:
á la virtud mi corazon dedico.
Vir. ¡Bien, hija!
Sof. Mal.
For. ¡Oh rabia!
Mat. El seor Fortunio
parece que esta vez se queda feo.
For. Me pagareis con hórrido infortunio
este primer desaire en que me veo.
Sof. Ahora os separais, mas para Junio
(*A Mateo y Lucia.*)
ya os unirán los lazos de himeneo.
Ven. (*Tomando de la mano á Mateo.*)
Mat. ¡Llegue pronto el venturoso dia!
Vir. (*Cojiendo de la mano á Lucía.*)
Sígueme.
Luc. A Dios, Mateo.
Mat. A Dios, Lucía.
(*Ábrense las peñas del fondo, y descúbrese en el medio una puerta (ó hueco grande), por la cual entra Virtelio con Lucía, y otra á la izquierda del espectador, y entran por alli Sofronio y Mateo.*)

ESCENA IV.

FORTUNIO.

Id, imprudentes amantes;
id y ciegos confiad
en el escaso poder
de los que á rejiros van;
que yo entre tanto os preparo
una leccion ejemplar
que os haga ver cuánto yerra
el atrevido mortal
que desprecia cual vosotros

los dones de mi bondad.
Siempre son tres los viajeros
que suelen aqui llegar,
y uno al menos de los tres
se declara mi secuaz.
Esta vez han sido dos,
y no ha querido aceptar
ninguno de mi dominio
la proteccion eficaz.
¡Oh si viniese el tercero
pronto, para derramar
á manos llenas en él
de mi favor el caudal;
para que muertos de envidia
viesen su prosperidad
esa necia mojigata
y ese estúpido rapaz!
Mas ¿qué digo? Tres vinieron:
mi objeto he logrado ya.
El asno que los condujo
voy de la zanja á sacar,
y convirtiéndole en hombre,
mi favorito será.
Ya que como irracionales
quisieron los dos obrar,
á ver si entiende mejor
su interés un animal.
Dócil y sufrida bestia, (*Alzando la voz.*)
destinada á figurar
la ignorancia inofensiva,
la paciente necedad,
obedece mi conjuro,
sube de esa poza, sal.

(*Aparece el burro á la orilla del hoyo donde se hundió.*)

Salió. Voz y raciocinio
humano le quiero dar,
conservándole el recuerdo
de su ser orijinal.—
Su nuevo nombre muy poco
del otro debe distar:
Paulino le llamaremos,

que es lo que mas cerca está
de *pollino.*—¡Hola, Paulino!
levántate y echa á andar.

(*Tiende la varita hácia el burro, y este desaparece, viéndose en su lugar un hombre vestido, pero quedándole la albarda, la cabezada y el bozal.*)

ESCENA V.

PAULINO.—FORTUNIO.

Pau. ¿Quién me saca de ese abismo
donde hay tanta cucaracha?
Pero ¿qué miro? ¡Qué facha!
¿Soy otro yo, ó soy el mismo?
¡Una doméstica res
con tan raros aparatos!
¡Yo bragas, chupa y zapatos!
¡Yo teniéndome en dos piés!
No sé cómo me rebulla.
For. Muévete y aprenderás.
Pau. Quedaré en un pié no mas,
y en mi vida he sido grulla.
For. Anda, y sin temor dirije
el paso. Ven.
Pau. ¡Qué molestia!
Eso es querer que una bestia
se mate. (*Va á caminar, y cae.*) ¡Pues! ¿no lo dije?
Al primer lance he venido
al suelo. ¿Sois por ventura
quien me ha dado esta figura?
For. Yo soy.
Pau. ¡Os habeis lucido!
For. ¿Todavía te me quejas?
Pau. ¿Pues no quereis que eche menos
mis lomos gordos y llenos,
mis magníficas orejas?
De verme tal me espeluzno;
y ha sido lo mas atroz
cambiarme en tan mala voz
mi dulcísimo rebuzno.
¿Y mi cola rozagante?

¡Cortada al rape del hueso!
Asi falta el contrapeso,
y me caigo hácia delante.

For. No te caerás ya.

Pau. Sí tal.

For. No repliques.

Pau. Sí replico.

For. Eres terco.

Pau. Soy borrico:
yo sigo mi natural.

For. Ya eres hombre.

Pau. Poco á poco.
Eso...

For. En dudarlo me agravias.

Pau. A ver. De hombre son las pavias,
(*Tentándose las narices, la cara*, &c.)
de hombre es la cara que toco,
la cabeza, el cuerpo... ¡Ay Dios!
Ya cual persona discurro.
Sí, me apearon de burro,
y soy otro como vos.

For. Tira el aparejo á un lado:
no te hace falta.

Pau. Lo haré;
aunque de algun hombre sé
á quien viniera pintado.
¿Quereis decirme el objeto
de esta mi metamorfosis?

For. He tomado cierta dosis
de rabia contra un sujeto
que despreció mi poder,
y quiero vengarme asi,
haciéndote bien á tí,
y haciéndole á él padecer.

Pau. ¿Quién os dió tal sofocon?

For. Tu amo.

Pau. (*Recio.*) ¿Mi amo?

For. Cosa clara.

Pau. Pido la palabra para
una rectificacion.

For. ¿Por qué asi te has alterado?

Pau. Yo jamás amo he tenido.

For. Pues el paje que has traido
aqui, ¿quién es?
Pau. Mi criado.
For. ¿Tu criado? ¡Qué aprension!
Pau. ¡Toma! él con afan inmenso
me proporcionaba el pienso,
él me llevaba al pilon,
él mi habitacion tenia
que arreglar, y que vestirme:
si es que esto no era servirme,
yo no sé lo que sería.
For. Raciocinas con talento;
no se te puede negar.
Pau. ¡Pues qué! ¿oir, ver y callar,
no ha de instruir á un jumento?
For. Tú has de ser mi favorito,
y siempre, con mi asistencia,
has de estar en competencia
con Mateo.
Pau. Si compito
á cargar, poco trabaja
mi lomo para ganarle:
sin peligro puedo darle
tres arrobas de ventaja.
For. Cuando el paje á pechos tome
adquirir un puesto ó grado,
tú has de alzarte de contado
con él.
Pau. El grado ¿se come?
For. Dan para vivir sus gajes
y dotacion.
Pau. Pues, señor,
me echaré á competidor
con una recua de pajes.
For. Verás cómo se despeña
de ira.
Pau. ¿Y si porque le birlo
la plaza, en vez de sufrirlo,
coje y me carga de leña?
For. ¡Miedo bien importuno!
¿No sabrás tú manejar
un palo?

Pau. Os puedo jurar
que nunca he dado ninguno.
For. Ten brio.
Pau. Es que me da grima
pensar, si á palos peleo,
que está hecho á darlos Mateo,
y yo á llevarlos encima.
For. En fuerza de la costumbre,
no te harán ya sensacion.
Pau. Me convence esa razon:
afuera la pesadumbre.
Yo desplegaré enerjía
en trances buenos y malos;
que para un asno los palos
son el pan de cada dia.
For. Ven y entra con pié derecho
en un país en que des
envidia mientras estés,
con tu fortunon deshecho.
En un palacio hospedaje
te daré: tendrás ganados,
haciendas...
Pau. Buenos sembrados.
For. Sedas, joyas...
Pau. Buen forraje.
For. Mil sirvientes que afanosos
te vistan con jentileza...
Ricos vinos...
Pau. No, cerveza.
For. Coche y caballos briosos.
Pau. ¿Coche y caballos? Corriente.
Vengan, si se me permite
dar con ellos un desquite
á la cuadrúpeda jente.
For. ¿Cuál?
Pau. Dentro del coche quiero
los caballos embocar,
y del coche han de tirar
los lacayos y el cochero.
For. Eso no.
Pau. ¿Os volveis atrás?
Hacedme en una posada

mozo de paja y cebada,
y renuncio lo demas.

(*Fortunio se dirije hácia el fondo, y Paulino le sigue. Hácense en esto entre las últimas peñas y árboles tres rompimientos, por donde se ven las mansiones de los tres magos. En la del medio aparece Lucia vestida de blanco, y puesta de rodillas haciendo oracion; detras de ella, sobre unas nubes, un grupo de niñas con los atributos de las virtudes teologales, y al rededor varios anjelitos con palmas y coronas. En el hueco á la izquierda del espectador se descubre á Mateo, con ropa talar y gorro, sentado á una mesa y estudiando: le acompañan algunas de las musas, ó los genios de las ciencias y artes. Por el rompimiento de la derecha, que representa un salon magnifico, donde gira la rueda de la fortuna, salen una porcion de pajes, doncellas y escuderos, que presentan á Paulino en ricos azafates prendas de vestidos, joyas diversas, y esquisitos vinos y viandas. Él lo examina todo, y lo agradece con cortesias ridiculas, pero nada acepta. Mientras tanto se hace oir alternativamente por cada abertura una música distinta; la una espresa el recojimiento y piedad de la oracion, la otra el entusiasmo del jenio, y la otra la desordenada alegria de los placeres sensuales.—Cae el telon.*)

FIN DEL CUADRO PRIMERO.

Cuadro segundo.

Plaza magnífica: hácia el medio del teatro una lonja aislada y sostenida en columnas, que sirve para actos públicos; debajo una mesa y sillas. Á la derecha del espectador la casa donde habita Mateo en un piso alto; á la izquierda la de Lucía que ocupa un entresuelo, al cual se sube por una escalerilla volada fuera del muro. Va á amanecer.

ESCENA PRIMERA.

VIRTELIO, FORTUNIO *y* SOFRONIO, *saliendo juntos á la plaza.* PAULINO, *durmiendo debajo de la lonja al pié de la mesa.*

For. Venid, no huyais.
Sof. Yo no huyo.
Vir. Yo no quiero darte oidos.
For. ¿Cómo va de protejidos?
Sof. ¿Y qué tal lo pasa el tuyo?
Vir. ¿Paulino? Durmiendo ahí cerca
le tienes al perillan,
á pesar de ser guardian
de esta plaza de la Alberca.
For. Pues con Paulino roncando,
en gracia de su ventura,
la plaza está mas segura
que con otro vijilando.
Sof. No hace á tu poder lisonja
la suerte poco gallarda
de quien no pasa de guarda
para una pública lonja.
For. Mi favorito á la par

ha de ir con otros mas diestros:
cuando medraren los vuestros,
al mio vereis medrar.

Vir. Lucía á su hermano halló,
y con él vive en sosiego.

For. Le ha encontrado pobre y ciego;
eso fué lo que ganó,
y le cuesta la tontuna
de las fraternas carocas
trabajar para dos bocas,
pudiendo ser para una.

Sof. Mateo á todo el enjambre
de nuestros doctos supera.

For. Sabrá todo lo que quiera;
ello es que se muere de hambre:
bien que ya no maravilla
que vivan sin un consuelo
la virtud en entresuelo
y las ciencias en guardilla.

Vir. En ciencia y virtud un jérmen
hay de bien que no conoces.

For. ¿Es alguno de sus goces
velar cuando todos duermen?
Como el esclavo mas vil,
hace rato que á porfía
estan Mateo y Lucía
tragando humo de candil.
Sea gusto ó precision,
asi el cuerpo se destronca;
yo me atengo al que alli ronca
al raso sin aprension.

Sof. Al que á estudiar se dedica,
no dañan esos estremos.

For. Pues ¿quereis que le escuchemos
para ver cómo se esplica?

Sof. Sí.

Vir. Y á Lucía tambien.

For. Bueno: reúnanse un rato,
ya que, siervos del recato,
casi no se hablan ni ven.

Sof. Los tres nos apartaremos;
saldrán á puerta y ventana,

y cuando nos diere gana,
los reunimos.

For. Marchemos.
(*Retiranse á un lado.*)

ESCENA II.

LUCÍA, *saliendo á la puerta del entresuelo con una silla y labor.* MATEO, *asomándose á su ventana.* — LOS TRES MAGOS, *ocultos.*

Luc. No hay nadie. ¡Con qué deleite
veré la aurora asomar,
que me deja trabajar
sin hacer gasto de aceite!

Mat. Ya alza el nocturno capuz
la precursora de Febo:
por economía debo
pegar un soplo á la luz.
(*Quitase de la ventana, y apaga su candil.*)

Luc. ¡Ay qué fatigas enormes
cuesta aqui el ganar la vida!
Mas descansada y lucida
estaba en Alba de Tormes.
Burlando el espionaje
de tantas dueñas hurañas,
cada dia con mis mañas
hablaba yo alli á mi paje;
y por el contrario, aqui
semanas en verle tardo:
como yo propia me guardo,
no puedo engañarme á mí.
Conozco ahora que siembra
el diablo malas semillas
en el trato que á hurtadillas
mantiene varon con hembra.
Con todo, de tan loables
máximas, amor solloza:
la virtud á medias goza
privilejios envidiables.
Si menos escrupuloso
mi corazon era un dia,

yo mas alegre vivia.
Mas ¡qué digo!—Callo y coso.

Mat. Ya puedo ser catedrático,
ya soy astrólogo y médico,
y por método ortopédico
tieso camino y enfático;
ya oigo decir con estruendo
cuando las calles practico:
"alli va Mateo Pico,
alli va el sabio estupendo."
Esta fama, por lo pronto,
hace á mi amor el agravio
de que no pueda por sabio
lo que pudiera por tonto.
¿Cómo con mis hopalandas
he de hacer una visita
á una muchacha bonita
que labra vainica y randas?
La batueca juventud
me molería los lomos.
¡Lucía! mártires somos
de la ciencia y la virtud.

(*Aparecen los tres magos á la esquina de una calle.*)

For. ¿Qué tal? ¿no son muy felices?

Sof. Deja que se vean.

Mat. ¡Ay!
¡si un rato de guirigay
sin que tú lo escrupulices,
Lucía, tener pudiera
libre de acecho contigo!

Luc. ¡Si yo libre de un testigo
aqui á mi Mateo viera! (*Se ven y se saludan.*)
Alli se asoma. ¡Oh placer!
Con esto nos consolamos.

Mat. Alli está. Basta: volvamos
á estudiar.

Luc. Vuelvo á coser.

Vir. ¿Ves cómo saben templar (*A Fortunio.*)
sus amantes desvaríos?

Sof. Àlmas fieles, reuníos, (*Alzando la voz.*)
que nadie os ha de observar.

(*Elévase Lucía, sentada en su silla, desde la meseta de*

la escalera; Mateo baja sentado, y quedan reunidos y suspensos los dos en una especie de balcon. Los magos se retiran.)

Luc. ¡Oh dicha!
Mat. Májicamente
nos reunen, mi bien.
Luc. Sí,
y segun la voz que oí,
no habrá quien lo mire y cuente.
Mat. Usemos de este favor.
¿Cómo te va con tu hermano?
Luc. Me busca obra; pero en vano:
me pagan mal la labor.
Mat. ¡Impíos!
Luc. Y en tu carrera
de médico ¿qué te pasa?
Mat. No me llaman á una casa
donde el enfermo no muera.
Luc. ¡Pues tienes habilidad!
Mat. ¿Qué habilidad? va en la suerte:
ninguno cura la muerte,
cualquiera la enfermedad.
A enfermos van á asistir
otros, que se curan ellos;
á mí me tocan aquellos
que por fuerza han de morir.
Con esta fama, convulso
se pone al verme un doliente;
y es fuerza por consiguiente
que ya jamás tome un pulso.
Abandono profesion
que tan fatal se me muestra;
y hoy en pública palestra
voy á hacer oposicion
al cargo, que esta mañana
se va aqui en la plaza á dar,
de astrólogo titular
de la corte batuecana.
Luc. Quiera Dios que con honor
puedas el premio llevarte.
Mat. Tengo al menos de mi parte
que no hay mas opositor.

Luc. Bien.
Mat. Luego don Turuleque,
correjidor de la villa,
jura ser de mi pandilla
en todo lo que no peque.
De valde por él he alzado
figura y por su mujer,
y segun llego á entender,
la paga será ese grado.
Luc. Tambien por mi protectora
se vende, si no me engaña,
la doña Mari-Castaña.
Mat. ¡Hola! ¿la correjidora?
Pues la debias rogar
que en mi favor influyera.
Luc. Impropio en mí pareciera,
y ademas era intrigar,
Mat. Cierto, dije un disparate.
Luc. Remítete á la justicia:
valga al docto su pericia,
y no el favor de un magnate.
Mat. Es un principio inconcuso;
mas ya tendrás certidumbre
de que esa no es la costumbre.
Luc. Será la costumbre abuso.
Mat. Cabal: con todo, confia;
hoy saldremos de pobreza,
y dueño de tu belleza
me hará la sabiduría.
Luc. Como suponerlo puedes,
mucho tu triunfo deseo:
sin tí no me hallo ni veo
entre mis cuatro paredes.
Pecará de liviandad
esta confesion que te hago:
es efecto de aquel trago
del agua de la verdad.
Mat. No receles, mi pimpollo,
decir la verdad en esto,
que nunca el amor honesto
puso á la virtud escollo;
antes cuando al vivo ardor

pábulo da la honradez,
se trueca amor esa vez
en otra virtud mayor.
Despues del que desde alli
(*Señalando al cielo.*)
adoracion nos reclama,
con su ley cumple quien ama
al prójimo como á sí.

Luc. Vivo sin remordimiento
por eso allá en mi casilla,
los ojos en la almohadilla,
contigo mi pensamiento;
y la fuerza del querer
venturas anticipando,
ya soy dichosa pensando
que algun dia lo he de ser.

Mat. Y en este de hoy ¿se me veda
que el labio á tu mano llegue?

Luc. Manda el recato que niegue,
y la inclinacion que ceda.

Mat. Amor es justo que rompa
por miramientos livianos.

Luc. No, no.

Mat. ¿Qué es un besamanos
mas ó ménos?

(*Va á besar la mano á Lucía, y sálele una nariz corva grandísima que le tapa los labios.*)

Luc. ¡Huy! ¡qué trompa!

Mat. ¡Jesus! No alcanzo: me embarga
el ósculo esta nariz.

Luc. Pareces una perdiz,
cuando el pico se le alarga.

Mat. ¡Que asi se me mortifique!

Luc. Aqui hay tijeras: ¿cerceno?

Mat. No, ya que no bese, bueno
será siquiera que pique.

Luc. ¡Estás lindo!

Mat. Dame al fin
un abrazo.

Luc. ¿Aun continúas?

Mat. Vamos.

Luc. Que no.

Mat. Eh, sí.

(*Cúbrese todo el vestido de Lucía de puas tiesas y largas que impiden á Mateo llegar á ella.*)

¡Qué puas!
Pareces un puerco espin.

Luc. ¿Ves cuál por tus pasmarotas
me ponen?

(*Principian á retirarse los dos trozos de balcon.*)

Mat. ¡Nos separamos!

Luc. A Dios, y que nos veamos
sin pinchos ni narizotas.

(*Queda todo como antes: Lucía y Mateo entran en sus casas.*)

ESCENA III.

FORTUNIO. PAULINO.

For. Me he divertido á costa de los pobres amantes sin que mis compañeros hayan podido estorbármelo: asi conocerán cuán superior es mi poder al suyo. (*Llegándose á Paulino y tocándole con la vara.*) ¡Paulino!

Pau. (*Medio soñando.*) ¿Cuesta abajo y de vacío? ¡Buena jornada!

For. Despierta, jumento.

Pau. ¿Quién llama? (*Levantándose.*) ¡Ah! ¿sois vos, señor transfigurador?

For. Sí; vengo á cumplirte la palabra que te dí de colmarte de beneficios. Hasta ahora no te habia proporcionado mas que el cargo de guarda, aqui donde se celebra el mercado de cereales.

Pau. Yo lo solicité, porque los cereales son los que á mí me engordan.

For. Con todo, te voy á sacar de este humilde estado.

Pau. En parte no lo siento: ¡ve uno aqui hacer tales tropelías con sus semejantes! ¡Infeliz del que anda debajo!

For. Hoy has de ganar la plaza de astrólogo en la oposicion pública.

Pau. ¿Qué entiendo yo de astrolojía?

For. ¿Y es preciso entender de un cargo para obtenerlo? Lo que se necesita es atrevimiento para aspirar á él.

Pau. Eso no va conmigo: yo soy cobarde.

For. La fortuna sigue á la audacia y á la actividad.

Pau. Yo no quiero que nadie me siga los pasos.

For. Cuando yo alzo el dedo, es señal de que exijo de tí una cosa.

Pau. Cuando yo meneo la cabeza es señal de que no me da la gana de serviros.

For. Al que no me sirve, le enseño yo asi. (*Le da una bofetada.*)

Pau. ¡Vaya un modo de dar lecciones!

For. Esa fué una coz.

Pau. Y la vuestra fué manotada.

For. Tú me debes obedecer: soy quien te hizo hombre.

Pau. Ya tratais de deshacerme, principiando por los carrillos.

For. Ó me sirves en todo, ó mando que te ahorquen.

Pau. Señor, que ninguno de mi linaje ha subido al patíbulo.

For. Tu serás patibulizado si me resistes.

Pau. Ya; si vos estais por la cuerda tirante... A un argumento que estrecha tanto, no hay mas que bajar las orejas y darse por convencido. Mandad sobre mí.

For. Asi me agrada. Yo te haré vestir el traje de astrólogo, y con él nadie te conocerá cuando te presentes al certámen.

Pau. Y cuando llegue el caso de hablar, ¿qué he de decir?

For. Nada.

Pau. Para ese papel no me faltará memoria.

For. El correjidor viene aqui: sígueme.

Pau. Perdonad: el arriero va detras del ganado. (*Vanse los dos, Paulino delante.*)

ESCENA IV.

DON TURULEQUE. UN JUEZ. EL DÓMINE GOLONDRO. EL BACHILLER COMINO. EL CAPITAN BADANA. EL LICENCIADO RASPON. ALGUACILES.

Tur. Yo soy imparcial, señor juez; yo no trato de prevenir vuestro fallo; solo quiero que la plaza sea para el doctor Mateo. Me ha anunciado que si oyendo un discurso científico bosteza mi mujer tres veces en un cuarto de hora, se me muere á los tres meses cabales: ya veis, á un hombre que me da tan buenas esperanzas, ¿qué le he de negar yo?

Juez. ¿Y suele bostezar con frecuencia doña Mari-Castaña?

Tur. Nunca, ni yo tampoco; pero un discurso astrolójico debe ser soñoliento, y ella no dejará de asistir al de hoy. Id, id y poneos de acuerdo con los compañeros. (*Vase el Juez.*) Vosotros, amiguitos, ¿qué teníais que decirme?

Gol. Yo, señor correjidor, no digo mas sino que me declaro contra el opositor forastero.

Tur. Dómine Golondro, permítame usarced...

Com. Señor don Turuleque, yo tambien me pronuncio contra Mateo.

Tur. Oígame el bachiller Comino.

Ras. *Ego quoque.*

Tur. Señor licenciado Raspon...

Bad. Yo estoy en pro...

Com. ¿En pro?

Bad. En pro de los que estan en contra.

Ras. ¡Viva el capitan Badana!

Tur. Pero ¿por qué le han tomado vuesarcedes tirria á ese hombre que hace predicciones tan lisonjeras?

Com. ¿Lisonjeras, eh? A doña Clori le ha predicho que se casaria con un tonto: ¡vean usarcedes qué atrocidad, estando yo en vísperas de ser su marido!

Gol. Es menester calabacear á ese hombre; yo he dado palabra de ello á la señorita Melisendra.

Ras. Doña Marcolfita ha decidido que el doctor Mateo es un mentecato.

Tur. Puede equivocarse doña Marcolfa.

Bad. Doña Dulcinea, mi novia, que no se equivoca nunca, dice lo mismo.

Ras. Por lo cual prevenimos al señor correjidor...

Com. Con el mas profundo respeto...

Bad. Que habrá calabazadas para el opositor, y tronchazos para el que le apadrine.

Gol. Pero todo sin alterar el órden ni la tranquilidad pública.

Tur. Pues, señores, yo, decidido imparcialmente á patrocinar al doctor Mateo porque me tiene cuenta, yo tomaré mis medidas para que el verdugo les tome á vuesarcedes la de las espaldas.

Los cuatro. Señor correjidor...

Tur. No digo mas, porque viene mi mujer por allí, que basta para que yo me marche por allá. (*Vase por donde se fué el juez.*)

ESCENA V.

MARI-CASTAÑA. DOÑA CLORI. DULCINEA. MELISENDRA. MARCOLFA. PAJES, *que llevan las colas á las damas.* DUEÑAS.— BADANA. GOLONDRO. COMINO *y* RASPON.

Cast. (*Al paño.*) Sí, queridas, es menester aplaudir mucho al doctor Mateo. Me ha anunciado que si mi marido bosteza tres veces en un cuarto de hora oyendo un discurso científico, á los tres meses me quedo viuda. (*Adelántanse las damas.*)

Bad. Mi señora doña Mari-Castaña...

Com. Señoras...

Gol. ¿Venís al certámen?

Cast. Con doña Clori, doña Dulcinea, doña Melisendra y doña Marcolfa.

Ras. Lo mas escojido de la villa.

Cast. A lo menos es lo escojido por vuesarcedes, que son sus novios.

Dulc. Aqui no hay mas novio que el bachiller Comino. Eso no quita que si el capitan Badana quiere honrarnos con su compañía un momento...

Bad. Me haceis gran merced.

Mel. Lo mismo le digo al dómine Golondro, y con el mismo desinterés.

Gol. Yo os lo agradezco.

Mar. No ha de ser menos el licenciado Raspon.

Ras. Está muy en el órden.

Com. En efecto: la prueba de que estas niñas no quieren á estos caballeros es que los invitan á que esten á su lado: mi doña Clori, que me quiere, no me ha dicho palabra.

Clo. Callad, que tendré que ponerme colorada, y se enfadará el capitan.

Com. ¡Hola! ¿y qué derechos tiene para enfadarse?

ESCENA VI.

FORTUNIO.—DICHOS.

For. (*Ap.* Ya he aturdido al correjidor y á toda la villa: engañemos á esta gente para que Paulino se lleve el lauro.) Buenos dias, señores.

Cast. Señor májico, muy bien venido.

For. Tengo que dar á todos una nueva muy importante.

Cast. ¿Cuál?

For. Ya son dos los opositores: se presenta uno á competir con Mateo.

Cast. ¿Y quién es?

For. Un mago celebérrimo de quien nadie tiene noticia, el doctor Paulino, cuya voz goza de la particularidad mas rara que se conoce.

Cast. Sepámosla.

For. Es esta. Siempre que el doctor hace un discurso científico...

Cast. ¿Bostezan los correjidores?

For. No; pero los maridos que tienen partícipes legos y los solteros y mujeres hijos de matrimonios trinitarios, unos y otros de repente se quedan sordos y no le oyen al doctor ni siquiera una sílaba.

Todos. ¡Qué decís!

Com. Y á los solteros en vísperas de casarse, ¿qué efecto les hace la voz del doctor?

For. Esos entran en la clase de los casados.

Com. ¿Oís, doña Clori? Es decir que si yo ensordezco, es que á de haber trinidad en mi tálamo.

Clo. ¡Qué insulto! Apartaos de mi presencia, idos de aqui.

Com. ¿Cómo que me vaya? ¿Luego si me quedo, temeis que me vuelva teniente?

Cast. Silencio. Ya se oye la música, y acude á la plaza el jentío: acomodémonos á la puerta de casa de mi costurera Lucía. (*Suben y se sientan en la escalera.*)

For. A Dios, señores: yo voy á colocarme junto al nuevo candidato.

Com. Nosotros tambien, porque esto depende del oido.

ESCENA VII.

DON TURULEQUE, *precedido de* ALGUACILES *y del Concejo de la villa.* JUECES *y* SOLDADOS. ESTUDIANTES, *unos con vitores y otros con grandes calabazas huecas llenas de cascabeles y fijas en palos.* MATEO. PAULINO. FORTUNIO. MÚSICOS. PUEBLO. *Marcha solemne. Los* JUECES *y el* CORREJIDOR *toman asiento en los sitiales que rodean la mesa que está debajo de la lonja.—Los personajes de la escena anterior forman dos grupos, las* DAMAS *en la escalera y los* CABALLEROS *cerca de la lonja.*

Tur. (*Hablando con un juez y señalándole á Paulino.*) Ese, ese es á quien no oyen los maridos *in partibus infidelium.*

Com. (*A Badana.*) En efecto, ese hombre no es como los demás.

Tur. El señor nos la depare buena. (*Toca la campanilla.*) Se principia el acto. Opositor número uno.

Mat. Mateo Pico.

Tur. Teneis la palabra.

Mat. (*Declamando.*) Respetables oyentes: trátase de probar por los movimientos é influjo de las estrellas si es ó no probable la antigua y controvertida profecía sobre la suerte de las Batuecas: á saber, que un dia desapareceria de este país su cultura; no quedaria rastro de sus edificios; y los pocos habitantes que sobrevivieran á tan lastimosa catástrofe, volverian á un estado de rusticidad próximo á la barbarie. Tal es la profecía, y todo el tenor de mi discurso será manifestar que la tengo por cierta y por infalible.

Muchos. ¡Por cierta!

Mat. Que está próxima á verificarse...

Todos. ¡Qué horror!

Mat. Y que el modo de su realizacion será estraordinario y secreto, porque poblado y engrandecido este pais májicamente, májicamente tambien dejará de existir como existe.

Bad. A este bien se le oye; pero mas valiera que no.

Cast. Este hombre va á aterrar á la poblacion sin dejar bostezar á nadie.

Mat. Bien veo que es una triste verdad...

Gol. (*Alzando la voz.*) Las verdades tristes no deben decirse.

Mat. Pero no está en mi mano desmentir lo que evidencian todas las señales celestes.

For. (*Aparte á Paulino.*) Habla tú ahora.

Pau. (*Alzando la voz.*) Yo me ofrezco á probar lo contrario.

Bad. ¡Bravo, bravo!

Tur. Silencio, señores, no interrumpais al opositor.

Gol. Que hable el doctor Paulino.

Bad. Que calle el doctor Mateo.

Mat. Señores, reclamo mi derecho.

Com. Fuera el atrevido.

Ras. Fuera el embustero.

Los Estudiantes. Calabazas al doctor Mateo, calabazas. (*Empinan y ajitan las de los palos.*)

Mat. Basta, señores; dejo el puesto á mi competidor. (*Aparte.*) Me he perdido.

Tur. Opositor número dos.

Pau. Presente.

Tur. Teneis la palabra.

Pau. ¿La tengo? pues la suelto.—Correjidor ilustrísimo, doctores sabiondísimos, niñas encantadorísimas, oyentes caballerísimos...

Muchos. ¡Bravo, bravo! (*Dando palmadas.*)

Cast. ¡Nos ha llamado niñas! (*A una dueña.*)

Bad. Esto es hablar con modo.

Tur. ¡Qué bien se le oye! Vamos, la correjidora, aunque insufrible, no es devota de la trinidad.

Com. Le oigo perfectamente. ¡Ay Clori de mis ojos!

Pau. Voy á decir en pocas palabras que la consabida profecía es una patraña, y que todo el que la sostenga debe ser un gaznápiro. (*Palmadas.*)

Cast. (*Aparte.*) Le oigo muy claro: vamos, mi madre, á pesar de las apariencias, fué una santa matrona.

Pau. Fundaré mi opinion en un testo caldeo.

Tur. ¡Sabe el caldeo! (*Bosteza.*)

Cast. (*Aparte.*) Mi marido bosteza.

Pau. Kiriakín kiriakón, chifili-moquiflaque, aneustrangotizámbites birribárri borribósan.

Cast. ¡Qué divertido es el idioma caldeo! (*Bosteza.*)

Tur. (*Aparte.*) Ha bostezado mi mujer.

Pau. Entro pues en materia y digo asi. (*Jesticula y manotea sin hablar: sorpresa general.*)

Tur. (*Aparte.*) Ya no le oigo. ¡Canario! ¿qué es esto?

Cast. (*Aparte.*) Ó él ha bajado la voz, ó me he quedado sorda.

Damas y caballeros aparte y en voz sumisa. Yo no le oigo, yo no le oigo.

Tur. Me limpiaré los oidos, á ver. Nada: ciertos son los toros.

Com. Nada percibo: ya no me caso; no quiero matrimonio de tres.

Cast. ¡Dios haya perdonado á mi pobre mamá!

Tur. Disimularé por el honor del pabellon, aunque estoy que trino; pero en llegando á casa... ¡Miren con qué cara de inocente está escuchando allá la que participa!

Cast. (*Aparte.*) Si el sermon de jestos dura mucho, ¡va á ser un rato divertido! (*Bosteza.*)

Tur. Mi mujer vuelve á bostezar. (*Bosteza.*)

Cast. Van dos.

Gol. (*Ap.* Aplaudiré para que crean que le oigo.) ¿Oís qué bien se esplica este hombre?

Bad. Magníficamente.

Ras. Es un gran discurso.

Com. Soberbio.

Gol. ¡Qué lójica!

Ras. ¡Qué imájenes!

Bad. ¡Qué lenguaje!

Cast. ¿Verdad, niñas, que ese hombre es un pico de oro? (*Bosteza.*)

Tur. Van tres: todo lo perdono por eso: pronto salgo de la maula. (*Bosteza.*)

Cast. (*Ap.* Van tres: de aqui á tres meses soy viuda.) ¡Vitor el doctor Paulino!

Todos. ¡Viva, viva, viva! (*Los estudiantes enarbolan los vítores.*)

Pau. Señoras, señores, señoritas... Continúo. (*Jesticula.*)

Tur. Ese argumento no admite réplica. Es inútil que el opositor se moleste. Propongo que se le mande suspender el discurso, y se le confiera el cargo de astrólogo de la villa por aclamacion.

Todos. Sí, sí, por aclamacion.

Pau. Ínclitos Batuecos, gracias infinitas.

Mat. Pero ¿no veis, infelices, que ese hombre se ha burlado de vuestra credulidad? ¿no conoceis que no ha pronunciado palabra?

Tur. Yo le he oido.
Gol. Yo tambien.
Bad. Todos le hemos oido.
Cast. Todos y todas.
Tur. Si vos nada percibísteis del elocuentísimo discurso del doctor, eso prueba que vuestro apellido paterno no os pertenece.
Com. Eso es.
Tur. Y sois indigno de alternar con personas como nosotros, que tan buen oido tenemos.
Cast. Nosotros no descendemos de trinitarios.
Tur. Nosotros no escotamos con partícipes legos.
Ras. Echarle fuera.
Gol. Apalearle.
Bad. Matarle.
Muchos. ¡Muera!
Mateo. Protector mio, favorecedme.

ESCENA VIII.

SOFRONIO, *que aparece en un carro aéreo.*—DICHOS.

Sof. (*Haciendo subir á Mateo en el carro.*) Ven conmigo, yo te liberto. Necios y orgullosos aduladores de la ignorancia, sufrid el castigo que mereceis. (*Conviértense los jueces en burros, la mesa en pesebre y la lonja en cuadra, y á todos los batuecos les salen orejas de asno.*)
Tur. ¿Qué recua se nos ha descolgado aqui? Corchetes, palo en esos intrusos.
Pau. Yo los defiendo. (*A los jueces convertidos.*) Partamos el ambigú, compañeros.
Gol. (*Apaleando un burro.*) Arre, condenado.
Bad. Arre, mohino. (*Todos andan á puntapiés con los asnos.*)
Clori. ¡Miradle á la cabeza á mi novio!
Cast. ¡Mirad á mi difunto!
Pau. Deteneos, escuchadme.
Tur. (*Procurando como los demás ahuyentar á los asnos.*) No podemos daros oidos.
Pau. No es por falta de orejas. Echad mano á ellas, señores.
Todos se tientan las orejas y esclaman á una voz. ¡Ah!

FIN DEL CUADRO SEGUNDO.

Cuadro tercero.

Cráter de un volcan.

ESCENA PRIMERA.

MATEO, *bajando por el aire, montado en un diablo.*

Baja ya, bestia maldita,
que aqui es donde yo te guio. —
Apéame, ó te rocío
la piel con agua bendita. —
Con tiento, no dé un vaiven
y me abra la pia-máter. (*Llega al suelo.*)
(*Voceando.*) ¡Ah de adentro! ¿ Es este el cráter
del Vesubio?

Dentro una voz de hombre. Sí.

Mat. Pues bien,
aqui sobre ese demonio
que me sirvió de bagaje,
con un urjente mensaje
me envia el mago Sofronio.

Dentro una voz de mujer, sonando al lado opuesto que la primera.

¿ Quién eres ?

Mat. Soy su discípulo.

La voz 1.ª Presenta la credencial.

Mat. Puestos traigo por señal
su cíngulo y su manípulo.

La voz 2.ª ¿ Y á quién buscas tú?

Mat. ¿ No encierra
gran número este volcan

de gnomos, jenios que estan
en los huecos de la tierra?

Voz 1.ª Sí.

Mat. ¿No hay además aqui
con los gnomos gran porcion
de salamandras, que son
los jenios del fuego?

Voz 2.ª Sí.

Mat. Pues, salamandras y gnomos,
vuestro favor imploramos
mi maestro y yo.

ESCENA II.

EL REY DE LOS GNOMOS *y* LA REINA DE LAS SALAMANDRAS, *cada cual por su lado, y ambos con numeroso séquito.* — MATEO.

Rey. Aqui estamos
todos.

Reina. Sus amigos somos.

Rey. ¿Qué manda?

Mat. Pide rendido
que desde hoy al plenilunio
de Agosto, contra Fortunio
y contra su protejido,
sacudiendo vuestra inercia
vuestro auxilio le presteis.—
El tal Paulino, sabreis
que gastó orejas de á tercia.

Reina. Sí, de sus antecedentes
cargantes nada ignoramos.

Rey. Pero nosotros gustamos
de ser, asi, indiferentes.

Reina. Y á pesar de nuestros vivos
deseos de que triunfeis,
creo que á mal no lleveis
que prosigamos pasivos.

Rey. Con Fortunio en relacion
estamos: no es regular
el ir por nadie á quebrar

con él sin ton y sin son.

Reina. Hechos á esta esfera ardiente,
dejarla nos desconsuela;
que al aire libre, nos hiela
la frialdad del ambiente.

Rey. Hechos á la lobreguez
de esta rejion, al pasar
á la de la luz solar,
nos ciega su brillantez.

Reina. Seguid la lucha emprendida
contra Fortunio, contando
con que os serviremos cuando
vaya de capa caida.

Mat. Si solo entonces habeis
de ser nuestros valedores,
lo que es entonces, señores,
maldita la falta haceis.

Rey. Asi, pues, luego tomad
la cabalgadura vuestra,
y al buen Sofronio esta muestra
llevadle de mi amistad.

Reina. Y la mia: aliada fiel
y obediente á su precepto,
haré cuanto quiera, escepto
incomodarme por él.

Mat. Todavía no he acabado.

Reina. Nosotros sí.

Rey. (*Despidiéndose.*) Con que, amigo...

Reina. Dadle memorias.

Mat. Si digo
que...

Rey. De mi parte un recado.

Mat. Si es que tinieblas y ardores
quereis, pudiérais poneros
vosotros á cocineros, (*A las salamandras.*)
vosotros á minadores, (*A los gnomos.*)
y asi de unos y otros yo
me valdré contra Paulino.

Rey. ¡Qué sandez!

Reina. ¡Qué desatino!

Mat. ¿No consentís?

Rey y Reina. No.

Gnomos y *Salamandras.* No.
Mat. ¿No?
Pues con toda la atencion (*A la reina.*)
que de derecho se os debe,
Sofronio va á henchir de nieve
y hielo vuestra mansion.
Reina. ¡Qué oigo!
Mat. Es duro de testuz,
y allá en vuestros callejones (*Al rey.*)
va á dar por cien boquerones
capaz entrada á la luz.
Rey. ¿Cómo?
Mat. Y á no poder mas,
en las mas hondas cavernas
pondrá miles de linternas
con reverberos de gas.
Todos. No, no.
Mat. Con esto no hablo
mas de mi embajada: estoy
á los pies vuestros, y voy
á cabalgar en mi diablo. (*Hace que se va.*)
Rey. No, ya que vos tan prudente
buscais á Sofronio arrimos,
nosotros nos decidimos
por él espontáneamente.
Reina. Sí, que es una iniquidad
que ese Paulino os dispute
vuestra plaza, y que disfrute
de tanta fama.
Rey. Es verdad.
Mat. Gracias.
Rey. (*A los gnomos.*) Ya veis con qué medio
nos sacan de nuestro caos;
con que, hijos, entusiasmaos,
ya que no hay otro remedio.
Reina. (*A sus pajes.*)
Dénme una cota de mallas.
Rey. Soldados mios, venid.
(*Empiezan á salir gnomos por todas partes.*)
Mat. ¡Bien!
Rey. Vasallos, á la lid.
Reina. A la pelea, vasallas.

Rey. Abrámonos á la tierra
por esos aires camino.

Reina. Guerra á Fortunio y Paulino.

Rey y todos. ¡Arma, arma, guerra, guerra!

(*Puéblanse todos los peñascos del cráter de Gnomos y de Salamandras armados que al son de una música marcial ejecutan un baile.*)

FIN DEL CUADRO TERCERO.

Cuadro cuarto.

Vista de una ermita: la embocadura del teatro forma una especie de cobertizo abierto, debajo del cual hay dos mesas, una cuadrada y otra redonda, dos sillas y un asiento hecho del tronco de un árbol. A la derecha del espectador, una escalera arrimada al campanario de la ermita, del cual pende la cuerda de la campana. En el fondo un monte.

ESCENA PRIMERA.

PAULINO, *vestido de ermitaño ó santero con un saco verde.* DON TURULEQUE. MARI-CASTAÑA *y varios criados ó pajes, todos de rodillas.*

Tur. Hermano Paulino...

Cast. Venerable anacoreta...

Tur. No nos levantamos sin que nos echeis la bendicion.

Pau. Levantaos, y salíos de este recinto; ya os he dicho que me comprometeis.

Tur. No os admiren estas demostraciones, hijas de nuestra justa admiracion. Sois el hombre mas sabio y virtuoso de las Batuecas.

Pau. Maldito lo que me ha costado.

Cast. ¡Renunciar en vuestro competidor la plaza ganada en el certámen!

Pau. ¿Qué habia de hacer, si no entiendo jota de astrolojía?

Tur. ¡Qué modestia!

Pau. Si os digo que soy un cuadrúpedo.

Cast. ¡Qué humildad! ¡qué abnegacion!

Tur. Por tan eminentes prendas, habiendo fallecido el

ayo de nuestro príncipe Alfonso, se os elijió para reemplazarle.

Pau. Bien; pero supuesto que por ley fundamental el príncipe heredero se ha de criar en esta ermita solitaria, sin ver mas que al santero, su ayo, é ignorando completamente que existen mujeres en el mundo, hacedme el favor de marcharos, antes que salga y os vea.

Tur. No os incomodeis, santo varon: nos iremos.

Pau. Yo no sé á qué habeis venido vos, (*A Mari-Castaña.*) sabiendo que no debo consentir, pena de la vida, que penetren las mujeres aqui.

Tur. Sacamos dispensa.

Cast. Venía mi marido, y yo no acierto á separarme de mi pimpollo.

Tur. Ni yo de tí, pichona mia.

Pau. Pues antes no podiais sufriros.

Tur. Han variado las circunstancias.

Cast. Ahora mi Turuleque, todo es atenciones conmigo.

Tur. (*Aparte.*) Para lo que ha de durar, que viva contenta.

Cast. Y lo que es yo...

Tur. ¡Oh! tú te has vuelto la amabilídad en persona.

Cast. (*Aparte.*) Dentro de poco enviudo: ¿quién no es amable con tal perspectiva?

Pau. Vaya, pues gracias por la visita, y largo de aqui: usarcedes por la puerta principal de la cerca, que es á este lado; vosotros por allá, por donde entran las caballerías.

Tur. A Dios, hermano Paulino. Vamos, dulce esposa.

Cast. Marido del alma, cuando tú quieras. (*Vánse Turuleque, Castaña y los criados.*)

Pau. Buen viaje, y que ninguno se olvide de cerrar los postigos.

ESCENA II.

PAULINO.

Pues, señor, con este empleo me he llevado un chasco solemne. Me elijieron ayo del príncipe, me echaron encima este saco verde que me gusta mucho y parece que es el uniforme de oficio; yo acepté persuadido de que viviendo en el campo podria usar libremente de mis man-

jares favoritos; y cate usted que Fortunio, insurreccionando mi nuevo estómago, me impone la obligacion de comer ni mas ni menos que los hijos de Eva. Cuando veo esos prados, y considero que para mí son la fruta vedada... Ello sí, el mago nos proporciona una mesa abundante, que cada dia se nos aparece de un modo diverso. — Mi discípulo viene.

ESCENA III.

ALFONSO, *con una jaula de pájaros.* PAULINO.

Alf. Maese Paulino, maese Paulino.

Pau. ¿Qué hay?

Alf. Una novedad grandísima. Mirad esta jaula, mirad.

Pau. Es la jaula de gorriones que os fabricó mi antecesor. ¿Qué sucede?

Alf. Mi maestro me la dió con dos pájaros dentro...

Pau. ¿Se os ha perdido alguno?

Alf. Al contrario: ayer aun no habia mas que dos, y hoy hay seis.

Pau. Son cuatro mas.

Alf. Y esos cuatro ¿de dónde han venido? Chiquirrititos son; pero por entre los mimbres no podian pasar ¿Cómo han entrado? ¿Quién los ha puesto ahí?

Pau. ¿Cómo han entrado? ¿Quién los ha puesto? ¿Sabeis vos quién nos entra en la ermita las provisiones que todos los dias encontramos á la hora de comer?

Alf. No.

Pau. Pues lo mismo es eso... de una manera diferente. — Son misterios de la naturaleza.

Alf. Toda se vuelve misterios esa señora, y jamás se me esplica ninguno. Me tiene esto tan aburrido... Pues ¡y la desaparicion de vuestro predecesor! ¿Adónde se fué?

Pau. Os he dicho cien veces que á un viaje muy largo. (*Aparte.*) Dios le tenga en la gloria.

Alf. ¿Y por qué no hacemos nosotros ese viaje tambien?

Pau. Lo que es yo no tengo gana de emprenderlo.

Alf. ¿Dónde habeis estado vos antes que vinierais aqui?

Pau. Esa historia está llena de recuerdos muy dolorosos. Respetad mi sensibilidad.

Alf. Nosotros no hemos sido nunca mas que dos: comien-

do bien, ¿podriamos con el tiempo aumentarnos hasta seis como estos pajarillos?

Pau. Mientras vos y yo permanezcamos solos, por mas que se aumente el volúmen de nuestro individuo, nunca nos podremos dividir en dos ejemplares.—Llevaos, llevaos la jaula y dadles de comer á los recienvenidos: la hospitalidad sobre todo. (*Vase Alfonso haciendo piar á los gorriones.*)

ESCENA IV.

PAULINO.

Me abruma el principito con sus preguntas, que van siendo cada vez mas espinosas. ¡Pues digo, si hubiese visto por casualidad á mis visitas de hoy, sobre todo á la señora correjidora! Bien que su señoría realmente no pertenece al bello sexo. Y otro individuo de él no es facil que remanezca por un sitio tan áspero y solitario.

ESCENA V.

LUCÍA. PAULINO.

Luc. (*Dentro.*) Subid, subid: aqui hay una casa. (*Sale.*)

Pau. ¡Dios nos ampare! ¡Aqui Lucía!

Luc. Este será el ermitaño.—Hermanito, ¿no es este el santuario de San Babilés?

Pau. No, señora, es una legua de aqui. ¿Por dónde habeis entrado?

Luc. Por la puerta.

Pau Se la han dejado abierta los otros. ¡Buen cuidado tuvieron!

Luc. No os incomodeis. Hemos perdido el camino: servidnos de guia.

Pau. ¿Con que no venís sola?

Luc. Somos seis compañeras.

Pau. ¡Seis muchachas, y como luceros á juzgar por la muestra! (*Aparte.*) ¡Si las columbra el amiguito de la jaula!

Luc. Oidnos, y aconsejadnos qué hemos de hacer.

Pau. Os aconsejo que tomeis el portante sobre la marcha.

Luc. Estamos fatigadísimas, nos ahogamos de calor.

Pau. Es que me esponeis á mí á padecer otro ahogo: tengo pena de horca si dejo pasar de aqui á muger alguna. Soy el ayo del príncipe.

Luc. ¿Sois el doctor Paulino?

Pau. Servidor vuestro si os marchais pronto.

Luc. No os conocia.

Pau. Yo sí á vos, y aun os he prestado algunos servicios.

Luc. ¡Ay! pues no me acuerdo.

Pau. Los hice disfrazado. Pero no se trata de eso. Pies atrás.

Luc. Oidme, y con eso me iré mas pronto. Asi como para premiar al astrólogo mas sabio se abrió aquel certámen que vos ganasteis, asi se ha abierto otro para premiar á la doncella mas virtuosa.

Pau. Y vos habeis entrado en él, á la cuenta.

Luc. Yo y otras: Clori, Melisendra, Dulcinea, Marcolfa, &c. Tenemos que presentarnos á exámen al anacoreta de San Babilés; hemos venido solas y nos hemos estraviado.

Pau. Pero ¿no os acompaña nadie?

Luc. Nadie, porque no podemos hablar con hombre ninguno á escepcion de los hermitaños, pues si no, perdemos el premio. Tened la caridad de instruirnos...

Pau. Marchad por aqui, torced á la derecha; subid luego un repecho dentro de la cerca de esta posesion, abrid una puerta de carros, y saldreis á la senda que va á la hermita. (*Aparte.* Alfonso vuelve.) Corred, corred. (*Vase Lucía.*)

ESCENA VI.

ALFONSO. PAULINO.

Alf. ¿Lo habeis visto? ¿ha pasado por aqui?

Pau. ¿El qué?

Alf. Una cosa... una persona... Yo no sé lo que es, ni qué me ha sucedido al verla. Es un bulto grande, parecido á nosotros... No, lo que es á vos no se parece, porque es una figura muy linda. Tiene unos ojos tan hermosos, una carita tan graciosa, unos calzones tan anchos... mas que vuestra túnica, mas. El corazon se me iba tras ella.

Pau. (*Aparte.*) ¡Buena la hicimos! A alguna de las viajeras ha visto.

Alf. ¿Qué bicho es ese? ¿Cómo se llama?

Pau. Se llama... (*Aparte.* Algo he de decirle.) Esa, querido Alfonso... es una casta de pájaros.

Alf. ¡Pájaros! ¡Qué pájaros tan gordos!

Pau. Los hay tremendos.

Alf. ¿Y qué nombre tienen?

Pau. Cigüeñas. (*En este momento aparece Lucia subiendo el monte.*)

Alf. ¡Mirad allí una, mirad qué bonita es! Yo quiero una cigüeña, yo quiero una.

Pau. Os, os allá. (*Lucía acaba de pasar y se oculta.*)

Alf. ¿Por qué me la habeis espantado?

Pau. Es un avechucho traidor: es ave de rapiña.

Alf. A mí me habia parecido ave de paso.

Pau. Tambien: por eso ha pasado tan lista.

Alf. Pues yo creo que es fácil de cojer.

Pau. ¿Una de esas? Ya es obra pillarla.

Alf. Si no vuelan.

Pau. ¡Huy! se escurren como azogue de entre las manos: son mas esquivas que un demonio. Jamás he podido yo domesticar ni una siquiera.

Alf. Ya, empezariais á decirla como ahora: "Os, allá." De ese modo... No, pues yo no me he de quedar sin cazar mi cigüeña.

Pau. Alfonso, deteneos.

Alf. A mí no me detiene nadie cuando tengo un capricho. Voy á buscar una red de pájaros. (*Vase.*)

ESCENA VII.

PAULINO, *y luego* ALFONSO, *dentro.*

Pau. Mientras busca la red, las cigüeñas habrán volado.— ¡Cigüeñas! Pensamiento brillante ha sido el de darle cigüeña por mujer. (*Sintiendo ruido.*) ¿Qué es eso? ¿Anda por ahí otra opositora? En todas partes se me antoja ver moños y faldas.

Alf. (*Dentro.*) Señor maestro, señor maestro...

Pau. Llama cuanto quieras; voy á cerrar la puerta principal. (*Vase.*)

ESCENA VIII.

LUCÍA, *que sale envuelta en una red huyendo de* ALFONSO, *que trae asidos los estremos de la red haciendo por contener á* LUCÍA.

Alf. Señor maestro, ya pillé la cigüeña; ya la cojí.— Por mas que corras, no te me escapas, no.

Luc. (*Aparte procurando desembarazarse de la red.*) Si hablo, voy á perder el premio; si callo, ¿qué será de mí?

Alf. Quieto, bicho pícaro, quieto.

Luc. (*Aparte.*) Me llama bicho, me llama cigüeña: sin duda nunca ha visto mujeres.

Alf. Es menester atarla para que no eche á correr.

Luc. (*Aparte.*) ¡Quiere atarme! A ver si por señas me entiende. (*Se pone de rodillas con las manos cruzadas sobre el pecho, y dirije á Alfonso una mirada como de quien pide merced.*)

Alf. Se hinca de rodillas; parece que me ruega que no la maltrate. ¡Qué asustadilla está! Vaya, no tengas miedo, que no trato de hacerte daño. (*Lucía ejecuta la pantomima que indican las razones de Alfonso.*) ¿Quieres que te saque de la red? — ¡Calla! parece que entiende lo que se le dice. — ¿Echarás á volar si te saco? — Dice que no: es verdad, si no tiene alas. — ¿Harás lo que yo te mande? — Dice que sí. Veámoslo. (*La desenreda y la va llamando con la mano, haciéndole dar una vuelta por el teatro.*) Pitita, pitita, bs, bs, bs; ven por aqui. ¡Me sigue! Bs, bs, ven por acá. ¡Me sigue á cualquier lado! Ponte en esta silla. ¡Se sienta como una persona! Dame la patita. (*Lucía le da la mano.*) ¡Es una mano por el estilo de la mia; pero mas mona, mas blanca, mas suavecita. Y no tiene garras: no puede ser ave de rapiña. ¿Verdad que no haces daño? — No, si es imposible; tampoco tiene pico. Picotazos de esa boca no dolerian mucho. ¿Si cantará? — ¿No? No importa, yo te enseñaré, yo te cuidaré, yo te querré tanto, chocorrotita mia; te tendré en mi habitacion en una jaulita muy cuca. — ¿No te acomoda eso? Pues bien, estarás donde quieras. ¿Tienes hambre? ¿quieres alpiste? — ¿quieres sopa en vino? — ¿Tienes sed? ¿Que sí? ¡Pobrecita! Voy corriendo por un bebedero. (*Vase.*)

ESCENA IX.

LUCÍA, *y luego* CLORI, MELISENDRA, DULCINEA, MARCELFA *y otra* JOVEN, *por la derecha del espectador.—Despues* ALFONSO.

Luc. ¡Ah! esta es la ocasion de librarme.
Clori. Aqui está, aqui está.
Luc. Retroceded: hay aqui un jóven que cree que las mujeres somos cigüeñas.
Mel. ¡Qué insulto!
Dul. ¿Cuándo hemos estado menos picudas?
Luc. Nos quiere enjaular y darnos alpiste.
Marc. ¡Qué picardía!
Alf. (*Saliendo con un jarro y una taza.*) ¡Huy! ¡qué bandada! ¡Seis cigüeñas! ¡Seis!
Luc. Miradle.
Alf. Yo las quiero todas: aqui de la red.
Luc. Que va á cojernos: huyamos.
Las damas. ¡Huyamos! ¡Ih! (*Vanse dando chillidos.*)
Alf. ¡Cigüeñas que hablan! ¡qué susto! ¡ah! (*Huye tambien.*)

ESCENA X.

PAULINO.

¿Qué alaridos son estos? (*Mirando hácia el lado por donde huyeron las damas.*) ¡Toma, toma! mientras cerraba yo la puerta principal se habia encajado toda la cigüeñería por la otra: ambas quedaron abiertas. Ya salen, y cierran, llevándose la llave para que no las persigan. Bien: id, diablejos tentadores, y no volvais á perturbar á mi discípulo. Las preguntas que me hará luego, tendrán que ver. ¿Por qué me habrán elejido para su ayo á mí? Ya: porque para mantenerle en la ignorancia, ninguno mejor que el que nada sabe. Sobre que ya me va fastidiando este fortunon inmerecido que me asiste. Yo paso por un portento de sabiduría, y soy un zote; paso por un milagro de virtud, y jamás he pensado sino en mi conveniencia: esto es vergonzoso. ¡Canario! ya que tengo esa fama, quiero merecerla. (*Un trueno.*) ¿Eh? Truena sin haber nubes. Pues como digo, quiero ser sa-

bio y virtuoso de veras. (*Truena.*) ¿Otro mas gordo? Me va entrando aprension de que esos truenos son alusiones á mi persona. No, pues yo no soy culpable; si han puesto el pié dentro de clausura esas muchachuelas, ha sido sin mi consentimiento: no se me puede exijir la responsabilidad. Para desechar el susto, veamos si han traido la comida. (*Vase.*)

ESCENA XI.

SOFRONIO, *apareciendo de un modo mágico.*

Caiste en mi poder. Tu protector no tardará en abandonarte por ese pensamiento: para malquistarse con la fortuna, no hay como hacerse digno de tenerla. Llegó el caso de que principien á obrar los gnomos, y las salamandras. (*Desaparece, y se va oscureciendo el teatro con todos los indicios de una gran tempestad.*)

ESCENA XII.

PAULINO, *trayendo una cacerola y una calabaza.* ALFONSO, *dentro.*

Pau. Mal se prepara hoy la bucólica: no he podido encontrar mas que esto. (*Llegándose á una puerta.*) Alfonso, Alfonsico, ya es hora de refectorio.

Alf. (*Dentro.*) Tengo mal humor porque se me ha escapado la caza: no quiero comer.

Pau. Eh, animaos: venid.

Alf. (*Dentro.*) No: estoy entretenido en dibujar en la pared: quiero pintar la cigüeña.

Pau. ¡Bueno! Píntala, hijo, píntala: comeré yo solo: asi como asi, la racion no es grande, y tengo una gazuza que me clareo. (*Se sienta á una mesa cuadrada.*) Humedezcamos el paladar. (*Mientras empina la calabaza, la mesa se le pasa detras.*) ¡Oiga! ¡se ha movilizado la mesa! (*Se levanta y coje la cacerola.*) Pues que vaya donde guste: cojo la pitanza y me marcho yo tambien á otra parte con la música. Esta mesa, que es mas pesada, no se moverá: digo, ¡una rueda es de molino! (*Pone la cacerola en la mesa redonda, la*

cual empieza á girar.) ¡Eh, eh! ¡alto! ¡No tiene mal modo de dar vueltas! (*Corriendo al rededor de la mesa sin poder asir la cacerola.*) Se le figura sin duda que está moliendo... y el molido soy yo. Es tontería, no la puedo cojer. ¡Ay! me he rebentado. (*Se sienta en un pedazo de tronco de árbol colocado en posicion vertical, y el asiento va subiendo hasta poner á Paulino de pié.*) ¡Ay! ¡ay! que me empujan por el cruzadero del ataharre. ¡Señor! ¿ni aun me dejarán sentado? (*Sale de enmedio del tronco una figura fea.*) ¿Ahí estaba usarcé, camarada? Hombre, yo no sabia que fuese ucé inquilino de esa casa. A Dios, buen mozo. — No, pues yo no he de ayunar hoy: tocaré á rebato la campana de la ermita para que venga jente de la aldea vecina, y pueda pedirles algo. Con la tempestad, quizá no se atrevan á salir; pero por sí ó por no, probemos. (*Va á tocar, y se le rompe la cuerda de la campana.*) Se me rompió el cordel; subiré por la escalera para tirar del pedazo que cuelga. (*Cuando va á poner el pié en el primer escalon, se retira este; cuando aparta el pié, aparece el escalon otra vez.*) ¿Subir, eh? Pronto lo dije. ¡Pues no se me ha escondido el primer escalon! No, ya pareció. Vuelta á retirarse. ¿Otra vez? ¡Cuidado con la broma!—Gracias á Dios que paró: subamos. (*Sube unos cuantos escalones, y de repente se le hunden todos y queda de pié en el suelo.*) ¡Por vida! Me serviré de una silla. (*Se le hunde el asiento.*) Tanto andamos como corremos. A ver la otra. (*Se recoje y desaparece.*) Esta se aplastó. Pero, señor Fortunio, ¿qué modo de pajear es este? Usarced me prometió tenerme en esta ermita á mesa y mantel si enseñaba al príncipe á ser tonto, porque parece que es requisito indispensable para ser afortunado: yo cumplo con mi obligacion: hágame ucé el favor de cumplir la suya. (*Unos gigantes levantan en peso el monte que hay al foro, y detras se descubre una cocina y una mesa ricamente servida y rodeada por el rey de los gnomos y varios de estos en traje de criados y cocineros.*)

ESCENA XIII.

EL REY DE LOS GNOMOS. VARIOS GNOMOS. — PAULINO.

Pau. ¡Hola! parece que ha hecho efecto la reclamacion. Aquella mesa es opípara, y hoy tenemos quien sirva. Muy bien. Pero ¡qué gigantones, Dios mio! Ya se ve, para levantar un cerro en vilo... Se me está haciendo la boca un agua; pero esos jayanes me asustan y no me atrevo á llegar allí, no sea que me pongan el monte por montera. ¡Eh! mocitos, (*A los criados.*) haced el favor de traer eso acá.

El Rey. Está lloviendo.

Pau. Por eso lo digo: mas vale que os mojeis vosotros que yo. Y al cabo, eso es para mí.

Rey. Lo verás; pero no lo catarás.

Pau. ¿No? ¿Pues para quién es?

Rey. Para el príncipe.

Pau. ¿Para Alfonso? ¿Y para mí, caramba?

Rey. Para tí... esto. (*Le presenta un rábano.*)

Pau. ¿Para mí un rábano? Ahora lo veremos. (*Abalánzase hácia la mesa; los criados toman la forma de gnomos.*)

Rey. Sujetarle. (*Los gnomos se apoderan de Paulino.*)

Pau. Condenados, ¿qué vais á hacer conmigo?

Rey. Ensartarte en un asador, miserable.

Pau. ¡Socorro, socorro! (*Pónenle y danle vueltas en el asador.*)

FIN DEL CUADRO CUARTO.

Cuadro quinto.

Paisaje amenísimo que representa las cercanías de un pueblo. Tiendas ó barracas de vendedores, arrimadas á los árboles; puestos de frutas, bebidas y golosinas: hácia el medio del teatro restos de un humilladero destrozado, con subida á derecha é izquierda: delante de él bancos; á un lado del teatro un horno de bollos. Mas cerca del proscenio, á un lado y otro, pilas de cajones que forman unas como gradas ó asientos.

ESCENA PRIMERA.

SOFRONIO, *en traje de horchatero y con garrafa á la espalda; el* REY *de los* GNOMOS, *de bollero; la* REINA *de las* SALAMANDRAS, *de vendedora de tostones; un* GNOMO, *de buñolero; otro (que será un muchacho), de melero; una* SALAMANDRA, *de frutera. Otros varios* VENDEDORES. CLORI, DULCINEA, MELISENDRA *y* MARCOLFA, *sentadas en un banco comiendo dulces.* JENTE DEL PUEBLO, *paseándose.*

Sof. Horchateró.

Reina. Torraos y pasas, torraos y pasas.

Frutera. Garrafales guindas, garrafales.

Melero. A la rica miel.

Buñol. A cuarto la docena de buñuelos, á cuarto.

Rey. Al buen bollo fino y rico: pastelillos de crema, suspiros de monja, tortitas de pastaflor.

Dulc. Mucha gente va á venir á la romería de San Babilés.

Mar. El baile creo que va á ser magnífico.

Clori. Gracias á Dios que pasó el tiempo de la oposicion y podemos divertirnos.

Sof. ¿Qui refrés?

Rey. Nadie nos llama; parece que conocen que somos vendedores supuestos.

Sof. Asi podremos burlarnos de Paulino cuando se presente.

Mel. ¿ Quién se llevará el premio de virtud al cabo ?

Dulc. Como ha habido trampa en los informes de algunas opositoras, ha sorprendido la adjudicacion el concejo.

Sof. Horchata de chufas, horchateró.

ESCENA II.

LUCÍA, *sirviendo de lazarillo á un jóven ciego.* — DICHOS.

Ciego. (*Pregonando.*) El papel que ha salido nuevo.—Relacion y curioso romance en que da cuenta y declara las causas y motivos porque ha sido depuesto el astrólogo de la villa: — con el nombre y apellido del reo, y el delito que ha cometido. En dos blancas, en dos.

Luc. Por Dios, Leon, no pregones asi, que pensará todo el mundo que se trata de un gran delincuente.

Leon. Hermana Lucía, por eso lo hago: compren el papel, que allá verán lo que contiene.

Luc. ¿Y por qué vendes ese papel tú? Mateo, mediante Dios, un dia será tu cuñado: debias mirar esto.

Leon. Un ciego no puede mirar nada.

Clori. ¿ No es Lucía aquella ?

Mel. Sí, Lucía la estranjera es.

Marc. Llamémosla.

Dulc. ¡ Lucía !

Leon. ¿ No oyes que nos llaman ? Da tú el romance y yo cobraré.

Luc. Señoras mias...

Clori. ¿ Qué mudanza es esta, mujer ?

Luc. Que con salir de la villa para la oposicion perdí mis parroquianas, y despues nadie me ha dado labor; de manera que he tenido que ponerme á lazarillo de mi hermano.

Mel. Ya se ve; las competencias de virtud no son para pobres.

Leon. ¿ Cuántos romances quieren vuesasmercedes ?

Mel. Somos hijas de familia; no tenemos dinero sino para dulces.

Dulc. Con todo, algo se ha de hacer por una compañera. Vete por mi casa los sábados, que es cuando mi mamá da limosna.

Mar. En casa es los martes.

Luc. Gracias.

Mel. Mi criada se pone malita cuando friega los suelos: si quisieras tú encargarte de esa faena...

Luc. Yo... bien.

Clori. Tambien podias jabonar y peinar á mi perra de aguas: es ocho veces al mes.

Luc. Bueno.

Clori. Pues quedamos en eso: á Dios. (*Aparte á las otras.*) Chicas, vámonos, que no debemos rozarnos con la pobreteria. (*Vanse.*)

Leon. ¿Sabes que tienes unas amigas muy generosas?

Luc. Animo y confianza en Dios.

ESCENA III.

MATEO, *con un cajon de figuras de yeso.*—DICHOS, *menos las cuatro* DAMAS.

Mat. ¿Compri figure bonite é barate?

Luc. ¡Es Mateo!

Leon. En dos blancas, el papel que ha salido nuevo.

Mat. ¡El hermano de Lucia! ¡Mi Lucía! (*Acércase.*)

Luc. ¡Mateo!

Sof. Horchateró.

Mat. ¡Tambien Sofronio!

Luc. ¿Cómo te atreves á venir aqui? ¿No te han desterrado? ¿no te han confinado en la dehesa de Jurde?

Mat. Nadie me conoce con este disfraz. He querido ver á mi Lucía.

Sof. No temais; yo estoy aqui para favorecerle. (*El rey y la reina se acercan á Lucia y Mateo.*)

Rey. Y yo con mis súbditos.

Reina. Y yo.

Sof. Es preciso vengarnos de Fortunio en su protejido el ermitaño, que viene hoy aqui á predicar.

Luc. ¿Qué gusto hallais en vengaros? ¿qué bien os resulta del mal del prójimo? ¿No es mas dulce perdonar las injurias?

Mat. No: ya estoy harto de ser sabio para hacer el tonto: ¡mira lo que he ganado con desempeñar bien mi cargo de astrólogo! A todo el que me consultaba sobre su suerte, le decia la verdad, pronosticándole bienes y males: asi ninguno quedaba contento, y me han echado de la Alberca por enemigo del género humano. Desde hoy, á engañar y perjudicar á todo el mundo: haz daño y te harán lugar, dice el proverbio.

Luc. Quítate de delante si piensas de ese modo.

Mat. Lucía...

Luc. Apártate, te digo, y no vuelvas á pensar en mí.

Sof. Ven conmigo, Mateo. Nosotros tenemos que ponernos de intelijencia. Lucía se aplacará despues y mudará de dictámen.

Luc. Yo nunca. (*Vanse Mateo y Sofronio.*) Mi conducta será siempre igualmente honrada.

Leon. Principio muy saludable para despues de comer.— ¿Quién compra el romance de San Babilés? En dos blancas.

ESCENA IV.

ALFONSO. LUCÍA. LEON. VENDEDORES. PUEBLO.

Alf. ¡Qué asombro! ¡qué grande es el mundo! Ya hace media hora que voy corriendo, y todavía no le veo el fin. ¡Cuántos hombres! ¡Qué de cigüeñas! Y ninguna se mete conmigo.

Luc. Leon, vamos por otro lado.—¡Cielos! ¡qué veo!

Alf. ¡Mi cigüeña! ¡Ah traidora! Esta vez no te me escaparás: ya no me asusto de que hables.

Luc. Dejadme.

Leon. ¿Quién llama cigüeña á mi hermana? Si le atizo un palo...

Luc. No te incomodes: es el jóven que te dije.

Alf. Sí señor, soy Alfonso, soy su cazador, que me he escapado para buscarla, que no acierto á vivir sin ella.

Luc. Habeis hecho muy mal en huir de vuestro retiro: volveos á él.

Alf. Acompáñame tú, y me marcho al instante.

Leon. No le está bien eso á una mujer.

Alf. ¿Con que tú eres una mujer? ¿Y todas las que se parecen á tí son mujeres?

Luc. Sí, Alfonso.

Alf. Pues en el mundo las mujeres sois lo mejor que yo he visto.

Luc. Son las compañeras de los hombres, y han nacido para amarlos y ser amadas.

Alf. Eso es verdad, porque yo te amé desde que te vi.

Leon. De las mujeres nacen los hombres... y las mujeres.

Alf. ¿Los hombres? ¡Qué mentira! ¿Acaso he nacido de alguna mujer yo?

Leon. ¿Pues de quién?

Alf. Pero, tonto, si yo hubiese nacido alguna vez, ¿no me acordaria? ¿Ó puede nacer uno sin hallarse presente? — Mira, deja á ese necio y vente conmigo.

Leon. Mi hermana no se apartará de mí sino para casarse.

Alf. ¿Y qué es casarse?

Luc. Tener marido.

Alf. ¿Y qué animal es el marido? ¿Es alguna ave nocturna?

Luc. Es un hombre que quiere á una mujer y la viste ricamente; y la lleva á la iglesia y luego á su casa, y hay alli un gran banquete y baile y qué sé yo qué mas.

Alf. Yo no comprendo esa barahunda. — ¿Pudiera yo ser marido tuyo?

Leon. Necesitábais primero ser su amante.

Alf. Lo de amante lo comprendo mejor y me gusta mas. ¿Quieres que sea yo tu amante?

Luc. Yo tengo amante ya, y jamás tendré otro. (*Vase y Leon con ella.*)

Alf. Me ha dejado inmóvil como una piedra. ¿Quién es tu amante, quién?

ESCENA VI.

MATEO. — ALFONSO. VENDEDORES.

Mat. (*Saliendo.*) Il figurero. — Yo soy su amante, yo.

Alf. ¿Con esa facha de mochuelo? Imposible.

Mat. Os digo que sí.

Alf. Te aconsejo que no lo repitas. Yo tengo en mi ermita un perrillo dogo muy feo, igual á tí; y cuando estoy enfadado como ahora, del primer puntapié que le arrimo...

Mat. Eso es insultarme.

Alf. Eso es decirte que no puedo sufrir que te ame la que amo yo, por lo cual voy á hartarte de mojicones.

Mat. (*Dejando su tienda.*) Lo veremos, señor mio.

Alf. Lo verás; y para que lo vea bien todo el mundo, pongámonos en alto.

Mat. (*Señalando al humilladero.*) Alli si gustais.

Alf. Alli, sí por cierto.

Reina. Eh, señores, miren lo que hacen.

Mat. Dejadnos á los dos.

Rey. Vaya, mantengámonos neutrales.

Alf. (*Subiendo al humilladero.*) Yo te prometo...

Mat. (*Subiendo tambien.*) Yo os aseguro...

ESCENA VII.

FORTUNIO, *de acitunero.* — DICHOS.

For. (*Dentro.*) Esas son niñadas.

Alf y Mat. ¡Ah! (*Se hunden hasta cierta profundidad y giran quedando de espaldas uno á otro, en cuya disposicion se levantan detras del humilladero dos enormes pasiegas, que se los llevan en los canastos como á dos criaturas de pecho, quedándose ambos con gorrita y vestido blanco de niños.*)

For. El uno á su ermita, y al otro dejadle ahi cerca para que conspire contra mí cuanto guste. Ya que todos se disfrazan, para divertirse, yo entro tambien en la moda. — Acituniro. (*Vase.*)

Voces dentro. El ermitaño, el ermitaño.

Rey. Él nos pagará esta burla.

ESCENA VIII.

PAULINO. DON TURULEQUE. SOFRONIO. LAS DAMAS. PUEBLO. — EL REY. LA REINA. VENDEDORES.

Unos. ¡Viva el ermitaño!

Otros. ¡Viva el astrólogo!

Pau. Gracias, ciudadanos Batuecos.

Tur. Sentaos, que vendreis cansado.

Pau. Alguna cosa; he corrido tanto antes de llegar aqui... Figuraos que el príncipe se me habia escapado.

Tur. ¡Hola! ¿hace ya escapatorias S. A...?

Pau. Sí; pero ya he visto que Fortunio le envía á casa.

Tur. Mucho me alegro de veros, porque sola vuestra sabiduría puede sacar al concejo de la capital de un apuro.

Pau. ¿Escasea el grano?

Tur. Es cosa muy distinta. La villa da en ciertas épocas un premio de virtud á la muchacha que mejor lo merece, cuyo premio es un dote cuantioso.

Pau. Ya sé.

Tur. Se han descubierto este año tales embrollos en los espedientes de ciertas opositoras, que el concejo no halla forma de conocer la verdad.

Pau. Ya: ¿qué entiende el concejo de virtudes de doncellas?

Tur. Se consultó con ese bárbaro de astrólogo á quien cedísteis la plaza, y saltó con una sandez como suya.

Pau. ¿Cuál fué?

Tur. Dijo que no habia mas que traer un cántaro de agua de la fuente de la verdad, hacer que bebieran las opositoras, y preguntarlas. Figuraos que para llegar al valle donde está la dichosa fuente hay que atravesar un subterráneo, donde á escepcion de los tres magos custodios del país, todo hombre nacido que entra, se muere.

Pau. ¿Todo hombre nacido?

Tur. Como que es un encanto que se hizo para impedir las emigraciones.

Pau. (*Ap.* Si el encanto se hizo para hombres nacidos, yo estoy exento, porque no nací hombre.) Señor don corregidor Turuleque, no tengais cuidado: mandad que mañana se reunan las opositoras y el concejo á orillas del mar imajinario, y yo descubriré quién merece el premio.

Tur. No esperaba yo menos de vos.

Pau. Dejadme ahora repasar mi sermon.

Tur. Voy á ver cómo estamos de baile. (*Vase.*)

Pau. Mi sermon he dicho, y es verdad: yo lo he compuesto; yo quiero justificar mi fama. La falta de memoria es lo que me aburre: casi estoy en ayunas por conservar la cabeza fresca.

Sof. Horchata de chufes: horchateró.

Pau. Si me luzco esta vez, no será con gestos.

Sof. Mosen Paulí, ¿no refrés? Estará sifocat su mersé.

Pau. Tomaré un vaso para limpiar la garganta. (*Salta de la garrafa de Sofronio un serpenton que se le agarra al cuello á Paulino: este huye, y la serpiente se*

alarga estraordinariamente.) Os, maldito bicho: suelta, suelta. Echadle sal á esta sanguijuela. (*La serpiente se recoje dentro de la garrafa.*)

Sof. ¡Qué! si tot no val res. ¿Ve como el animalito se ha vengut á su casa?

Pau. Ya le diré yo al correjidor que te mande tener la garrafa limpia de sabandijas.

Reina. Hermano Paulino, deje al valensiá y tome un puñadito de torraos y pasas.

Pau. En efecto: las pasas despiertan la memoria. (*Delante de la cesta hay una piedra á flor del suelo; pone Paulino los pies encima de la piedra, y esta le lleva lejos de la cesta dos ó tres veces.*) ¡Demonio!

Buñol. Un buñuelito, hermano. (*Le acerca la vara, y los buñuelos disparan tiros.*) ¡Buñuelos de artillería! nunca los habia visto.

Rey. Aqui, hermano: unas yemas, un pastelillo.

Pau. Eh, estarán resecos y llenos de polvo.

Rey. Pues cojedlos del horno vos mismo.

Pau. A ver qué tales son. (*Destapa el horno; asómase un perro y le ladra.*) ¡Chucho! A buena parte iba: buscaba yo pasteles en cama de galgos.

Melero. Deje esa mala gente, padre: pruebe el arrope que me ha quedado. (*Dale una olla.*)

Pau. Tú pareces menos peor que esta... (*Empina la olla para beber.*) que esta familiota.

Sof. ¿Cómo, familiota? (*Le da un golpe en la olla, y se la mete á Paulino hasta los hombros.*)

ESCENA IX.

MATEO. — DICHOS. *Luego* FORTUNIO.

Mat. ¿Qué es lo que pasa aqui? Orden: nadie se meta con el santero.

Sof. Él es el que está metido en la olla.

Mat. Quitársela: ¡vaya un modo de tratarle! Hermano, haced aqui una plática á esa gente burlona.

Pau. Sí que la haré: y con su sal y pimienta.

Sof. y el Rey. ¡Bah, bah, bah!

Mat. Y yo os ayudaré. Subíos encima de esos cajones.

Pau. Los he de poner como trapos. (*Súbense.*)

For. (*Aparte saliendo.* Estemos á la mira.) ¡Acituniro!

Pau. Silencio, que voy á rebu... á reprender á esta jentecilla.

Sof. (*Aparte al rey.*) Vamos á divertirnos con él.

For. (*Aparte.*) Y yo con vuestro protejido.

Pau. Escuchadme, canalla estúpida.

Mat. Y á mí tambien me habeis de escuchar.

Sof. (*Aparte.*) Voy á ponerle tartamudo.

For. (*Aparte.*) Voy á hacer tartamudear á Mateo.

Pau. Es la mama.. mamayor picacacacardia...

Mat. Sí se...ñoño ñoñoñor.

Pau. Yo no no no soy ñoñoñoño, seo burburburburrolon.

Mat. U...Ucé es qui quien se buburla dede de mímimico cocomo se ve.

Pau. Él él él titi titiene cacacacara de mimico, por por por mas que lo lo lo lococococo componga.

Mat. Haga, gaga gatototo...do lo poposible por por porno re... remedarme, que que que me me menfado.

Pau. Digogole le le lelololo mis mismo momono no le le le rom papa la gegegeta.

Mat. Ucé dedebebebebebe tener la la la lengua llellellena de de guigugui jaja...jarros.

Pau. Ucé dedebebebebe detetener por len gua, gua gua guan guauna unanana mamano de mo mo momortero.

Mat. ¡Vavavaya un un un prepredicadicador!

Pau. ¡Vavavaya u...u...una figugugura de tata tapiz!

Mat. ¡Ah, ah, ah!

Pau. ¡Ah, ah, ah!

Todos. ¡Ah, ah, ah!

(*Muertos de risa Paulino y Mateo se dejan caer sentados sobre los cajones y se echan la capucha sobre la cara, permaneciendo inmóviles. Suena música dentro.*)

Voces dentro. Al baile, al baile.

Clori. Chicas, á bailar.

Dulc. Vamos al baile.

Mel. Vamos todas. (*Vanse.*)

Sof. Seor ermitaño, al baile.

For. Seor santi-boniti, al baile.

Sof. Se ha quedado dormido. ¡Eh! (*Sube á despertarle.*)

For. (*A Mateo.*) ¡Eh, camarada! (*Le alza la capucha y en lugar de la cabeza de Mateo se ve una ridícula figura chinesca: otro tanto sucede con Paulino.*) ¡Ca-

lla! ¿Te ha convertido Sofronio en bamboche? (*El suplente de Mateo hace con la cabeza señal de que sí.*)

Sof. ¿No has podido evitar que Fortunio te trueque en figura chinesca?

(*El suplente de Paulino dice con la cabeza que no.*)

For. Dejémosle descansar mientras dura el baile. (*Vase.*)

Sof. Le dejo y me voy al baile tambien. (*Vase.*)

Rey. (*A la reina.*) Cuida tú del horno, Colasa, que me voy al baile. (*Vase.*)

Reina. (*Al buñolero.*) Cuida tú de mi hacienda, Pedro, que quiero bailar. (*Vase.*)

Buñol. (*A la frutera.*) Cuida tú de esto, Inés. (*Vase.*)

Frut. (*Al melero.*) Cuida tú de todo, Juan. (*Vase.*)

Melero. (*Dirijiéndose al suplente de Mateo.*) Dominguillo, ¿cuidarás tú de esto?

(*La figura mueve la cabeza en señal afirmativa.*)

Melero. (*Al suplente de Paulino.*) ¿Te marcharás tú de aqui?

(*La figura mueve la cabeza en señal negativa.*)

Melero. Yo tambien voy al baile. (*Vase.*)

Voces dentro. Todo el mundo al baile.

(*Una bandada de aves de todos tamaños, entre las cuales hay urracas y loros, cruzan el aire diciendo "allá vamos." Las mesas, bancos, cestas y demas trastos echan tambien á andar unos tras otros. Un cubeto de escabeche que va el último, se impacienta de la flema de los que le preceden, los arrea, da media vuelta, mostrando un letrero que dice: "id mas aprisa," y al fin, desplega un par de alas y echa á volar. Los cajones sobre que estan las figuras tambien se ponen en movimiento, y hasta un árbol seco se deja caer de costado y se arranca: dos raices y dos ramas le sirven de pies y de manos, con los cuales se marcha andando. Mientras tanto suena música de guitarras y castañuelas, á cuyo son bailan sentados los dos bamboches, oyéndose de cuando en cuando las voces de: "todo el mundo al baile."*)

FIN DEL CUADRO QUINTO.

Cuadro sesto.

Vista esterior de unas ruinas á orillas del mar imajinario. Montones de piedras ó asientos rústicos en medio y á un lado.

ESCENA PRIMERA.

PAULINO. *Luego un* REPOSTERO.

Pau. Lo que me figuré: ningun obstáculo habia para llegar hasta la fuente de la verdad: cargué mi cántaro y me volví por la misma senda: de algo me habia de valer la fortuna de mi nacimiento. Con aquella agua he dispuesto que me compongan unos sorbetes y... (*Llama.*) Maese repostero, acá.

Repost. (*Saliendo.*) ¿Qué mandais?

Pau. ¿Estan ya los sorbetes en disposicion de sorberse?

Repost. Sí señor: ahí entre las ruinas tienen los mozos la garrafa y todo el servicio en paraje fresco.

Pau. Está bien; retiraos, que ya viene toda la concurrencia. (*Vase el repostero.*)

ESCENA II.

DON TURULEQUE. MARI-CASTAÑA. CLORI. DULCINEA. MELISENDRA. MARCOLFA. BADANA. COMINO. GOLONDRO. RASPON. PUEBLO *y* SOLDADOS, *entre ellos* MATEO. DOS DAMAS *que traen en una bandeja ó azafate una corona y un velo.* — PAULINO.

Cast. Guárdele Dios, hermano Paulino.

Pau. Señores correjidores, salud... y sentarse. Las damas opositoras en ese banco.

Mat. (*Aparte á Lucia que casualmente se ha colocado cerca de él con otras muchachas pobremente vestidas.*) ¡Lucía!

Luc. (*Aparte á él.*) ¿Eres tú, Mateo?

Mat. Sí, Sofronio me proporcionó un traje de soldado para poder concurrir á este sitio.

Luc. ¡Siempre haciendo temeridades!

Mat. Ya que me has perdonado otras culpas, perdóname esta que es puramente de amor.

Luc. La perdono como sea la última.

Tur. Honrados Batuecos, el concejo de la Alberca, solícito siempre del bien de sus conciudadanos, va á conferir la corona y el dote, recompensas de la virtud, á la doncella que justa y lejítimamente los hubiese merecido. La sabiduría del hermano Paulino ha superado superabundantemente los obstáculos que se superponian á nuestra superficial superintendencia, y su superintelijenciabilísima persona os dirá lo demas.

Pau. Batuecos ilustrados y por ilustrar: la manera de correjir las picardías que (mejorando á los presentes) se han cometido en los informes acerca de la conducta de las opositoras al certámen, es muy sencilla. El dignísimo correjidor leerá el estracto de cada informe; yo esploraré, es decir, yo interrogaré á cada una de las candidatas, y de sus declaraciones aparecerá quién es merecedora del premio. ¿Aprobais mi propuesta?

Golon. y Rasp. Sí, sí.

Bad y Com. No, no.

Pau. Yo la he pensado bien.

Bad. Al pueblo le parece mal.

Tur. El verdadero pueblo no es la muchedumbre inerme sino la unidad que dirije decenas, centenas y millares de estas. (*Señalando las picas de los soldados.*) Yo apoyo la propuesta del hermano Paulino, y al que se oponga á ella le mandaré atravesar á lanzadas. Con esta prévia esplicacion cada uno puede votar libremente. Volved á preguntar.

Pau. ¿Se admite mi proposicion?

Todos. Sí.

Tur. Por unanimidad.—Se procede al acto.

Pau. Yo con el beneplácito de nuestro amabilísimo correjidor he dispuesto que se sirvan sorbetes á las opositoras.

Clori. Mil gracias.

Pau. Repostero, servid. (*Sale el repostero con sus mozos y da sorbetes á las damas opositoras.*)

Com. (*A Clori.*) ¿Tienes esperanza de llevarte el premio?

Clori. Sí señor, que no todos me han de tratar con la injusticia que tú.

Com. ¿A qué es hablar de eso? Si ya estoy pronto á casarme contigo, si estoy convencido de que tú solo me quieres á mí, y de que el capitan solo quiere á su Dulcinea.

Clori. Entonces, con tu permiso voy á dar al capitan una cucharadita.

Com. ¿Por qué no?

Bad. Gracias.

Mat. (*A Lucia.*) Sal á que te den un sorbete: tú tambien eres opositora.

Luc. Sería vanidad; y ademas ese obsequio es para las damas, no para las pobres.

Pau. Mientras refrescan estas niñas, podeis ir leyendo informes, y yo iré preguntando.

Tur. En efecto: abro el espediente general. (*Tomando un libro de manos de un dependiente.*) Informe de doña Clori.

Clori. Servidora vuestra.

Tur. Dice el estracto. El principal mérito de esta opositora consiste en haber oido sesenta misas sin distraccion.

Pau. (*Ap.* Aqui de la virtud del sorbete.) ¿Es creible eso, niña?

Clori. ¿Pues no ha de ser? Como que era en misa donde me daba sus billetes el capitan.

Com. ¡Qué sacrilejio!

Pau. (*Aparte.*) Obró el sorbete.

Bad. Señorita, eso es comprometer á un hombre sin necesidad. ¿Qué os costaba echar una mentira?

Pau. (*Aparte.*) Este ha probado el sorbete.

Com. ¿Con que os íbais á casar conmigo y os carteábais con el capitan? Novios presentes y pasados, que se borre de la lista de las opositoras á esta individua, como yo la borro de mi memoria.

Gol. y Rasp. Que se borre.

Marc. ¡Qué tonta!

Dulc. ¡Irse á condenar ella misma!

Tur. Doña Melisendra.

Mel. Servidora.

Tur. (*Leyendo.*) La prenda mas eminente de doña Melisendra es la bondad de genio.

Pau. ¿Y es de veras eso, alma mia?

Mel. Sí, señor, yo soy una paloma sin hiel, y cuando repelo á mis hermanas y descalabro á mi dueña y araño á mi madre, nunca lo hago con mala intencion.

Bad. y Com. Fuera ese mónstruo, fuera.

Cast. Hermano Paulino, ¿en qué consiste que esas muchachas han dicho la verdad contra sí?

Pau. En que el sorbete que han tomado está hecho con agua de la fuente de la verdad, que se la hace decir por fuerza.

Cast. (*Aparte.*) Me alegro de no haber refrescado.

Dulc. Yo me retiro de la oposicion.

Marc. Yo renuncio al premio.

Otras damas. Nosotras tambien. (*Se levantan y se retiran.*)

Pau. El banco de la virtud resulta vacío: ¿no queda opositora ninguna?

Luc. (*Presentándose.*) Yo quedo, señores; yo no he tomado el sorbete: venga.

Cast. ¡Qué temeridad!

Tur. ¿Vos sois la estranjera Lucía?

Luc. Yo soy. (*Toma el sorbete.*)

Tur. (*Mirando el libro.*) Pero, hija, vuestro informe cabalmente es el mas desfavorable de todos.

Mar. Ya: no habrá buscado empeños como nosotras.

Clori. Calla, mujer, que tendremos que decir que nosotras la hemos desacreditado.

Pau. ¡Buena hilaza se descubre!

Tur. (*Mirando el libro.*) Consta que una noche á deshora entró en vuestra casa un desconocido.

Luc. Un temerario que atropelló mis umbrales, pero no mi honradez.

Bad. No vayais á decir que fuí yo.

Pau. No, no se sabrá: entre estos pocos queda el secreto.

Tur. Os acusan de avaricia, porque llevábais muy caro por vuestras labores.

Luc. Tenia que mantener á mi hermano.

Tur. Se os acusa de liviandad por tener un amante.

Luc. Nunca le otorgué un favor que no fuese honesto.

Tur. Os acusan de embustera, por haber dado un informe falso á un esbirro.

Luc. Eso es verdad, señores: esa vez mentí.

Las opositoras. ¡Hola!

Luc. Fué por salvar la reputacion de una dama que aquel mismo dia me habia dado de...

Pau. ¿De comer?

Luc. De bofetadas.

Mel. (*Tapándose la cara con el abanico.*) ¡Ah!

Pau. Esta es la que merece el premio.

Tur. ¡Viva la estranjera!

Todos. ¡Viva!

Tur. Vuestro es el dote señalado, virtuosa Lucia: venid á recibir la corona.

Cast. A mí me toca el honor de ceñírsela.

Luc. (*Aparte.*) ¡Gracias, mi Dios! ya soy feliz, ya puedo ser de Mateo.

Mat. (*Aparte.*) Vamos á salir de miseria: tiempo era ya.

(*Lucia sube y se arrodilla sobre unas piedras que hay enmedio del teatro: Mari-Castaña toma de la bandeja la corona y el velo, y se los pone á Lucia.*)

Cast. Hija, el señor os bendiga, como os bendecimos yo y todos.

Todos. (*Alzando las manos hácia Lucia.*) Todos. (*Lucia se levanta, y desaparece su traje pobre y de un color oscuro, quedando con uno blanco elegante.*)

Tur. Esa gala que prodijiosamente os adorna, confirma la justicia de vuestro triunfo.

Cast. Al hermano Paulino se lo debeis.

Pau. Cierto: no hubiera podido confeccionarse el sorbete de la verdad, á no ser yo quien soy. (*Se oye á lo lejos tocar á muerto.*)

Tur. ¿Qué es esto? Tocan las campanas.

Pau. Parece que doblan.

Cast. Alli viene un grupo de gente.

Luc. (*Aparte.*) Y con ellos Alfonso: que no me vea. (*Échase el velo.*)

Tur. ¿Qué será?

ESCENA III.

VIRTELIO. SOFRONIO. FORTUNIO. ALFONSO. CORTESANOS. — DICHOS.

Vir. Habitantes de las Batuecas, vuestro rey acaba de espirar de repente.

Todos. ¡Cielos!

Vir. Su hijo y heredero, que se criaba en la soledad segun ley y costumbre, es este bizarro jóven que os presentamos. El príncipe Alfonso es desde hoy nuestro rey.

Todos. ¡Viva el rey!

Alf. ¿Con que yo soy el rey, señores? ¿Y qué cosa es esa?

Sof. Los tres magos tutelares del país os lo enseñaremos en breve.

For. Básteos saber por ahora, que segun nuestros códigos podeis hacer en todo vuestra voluntad, con una sola restriccion.

Alf. ¿Con que podré ser amante?

Vir. Siéndolo para ser esposo.

Alf. ¿Y podré ser esposo de quien yo quiera?

Sof. Esa es la restriccion: no podeis casaros sino con una jóven que haya obtenido el premio de la virtud.

For. Aqui está la modesta hermosura que acaba de obtenerlo: miradla. (*Alza el velo á Lucía.*)

Alf. ¡Mi cigüe... digo, mi bella desconocida! — Vasallos, yo adoro á esta jóven, y ella me pertenece; yo la he cazado allá en mi desierto, en el término de mi propiedad. No quiero ser vuestro rey, si ella no es la reina.

Luc. ¡Ay infeliz!

Mat. (*Gritando.*) Que se consulte la voluntad de la novia.

For. A la pretendida del rey no se le admite la dimision: díganlo mis ilustrados colegas.

Sof. Harto siento decir que tal es la ley.

Vir. Cierto es, hija mia.

Luc. ¿Con que no puedo rehusar al monarca mi mano?

For. (*Aparte.*) Yo triunfo: su virtud solamente la sirve para casarse á disgusto.

Vir. El deber os impone un sacrificio mas: un dia hallareis la recompensa de todos.

Luc. (*Ap.* ¡Ay mi Mateo!) Señor... vuestra soy.

Mat. (*Aparte.*) ¡Máteme un rayo!

Alf. y todos. ¡Viva la reina!

For. A disponer la coronacion de los reyes.

Alf. Ven, amada mia: esta vez no te me escaparás, no: en cambio le haré escapar de aqui al que fué tu amante. (*A Paulino.*) A Dios, maestro: celebraré que no nos veamos.

Pau. Lo mismo digo.

Mat. (*Aparte.*) Yo sí que vendré á verme con él. (*Vanse todos, menos Paulino.*)

ESCENA IV.

PAULINO.

¿Si creerá el rey novicio que apartándome de su corte me da una gran pesadumbre? Yo con una gruta y un prado tengo bastante. Pero no señor: ¡cuidado que es mucha simplicidad la mia! Yo le estoy sirviendo de comodin á ese galopo de Fortunio, y le sirvo de balde: lo cierto es que hubiera podido ser un señoron de primer órden, y hasta ahora me he contentado con ser un miserable santero. Nada, nada: esta es la ocasion de pronunciarse. Quiero riquezas, dignidades, golosinas; turron, por ejemplo: solo renuncio á las dulzuras del matrimonio, por su por qué. Yo soy hombre nuevo; yo he prestado servicios de peso al país; yo tengo una opinion cada dia, que es el modo de atinar con la verdadera; yo poseo habilidad suficiente para apropiarme las ideas de otro, como he hecho con la de traer el agua de la verdad: ¿qué me falta para hacer carrera? Voy derechito á interpelar á Fortunio.

ESCENA V.

MATEO. — PAULINO.

Mat. ¡Infeliz! Fortunio te abandona, porque le eres ingrato.

Pau. ¿De dónde os ha venido el parte, mocito?

Mat. Él propio me lo acaba de decir.

Pau. Pues á fé de Paulino que le he de cantar la paulina.

Mat. Te ha perdido el orgullo de querer merecer tu próspera suerte.

Pau. ¡Hola! ¿para ese brujo es un crimen querer desasnarse?

Mat. Por eso toleró que los jenios mis auxiliares se burlaran de tí en la ermita y en la romería.

Pau. ¿Con que mi protector dió licencia para que me ensartaran como un palomino?

Mat. Por eso, en fin, se pone de parte de los gnomos y salamandras, que van á acometerte bajo la apariencia mas espantosa. (*Truenos, oscuridad: música lúgubre.*)

Pau. ¡Santos cielos!

Mat. ¿Oyes el ruido del huracan? ¿Oyes los conciertos infernales? Tu inminente exterminio es inevitable. (*Vase.*)

ESCENA VI.

PAULINO.—*Luego músicos dentro.*

Pau. Exterminio dijo. Y esa música que suena es ciertamente de gori-gori.

¡Ay humilde y pacífica pradera,
donde creció mi jumentud primera!

Cantan dentro. La ocasion que se tuviere,
no se ha de desperdiciar:
la fortuna nunca quiere
que la vayan á buscar.

Pau. ¿Con que yo he desperdiciado la fortuna, y ya volaverunt? ¡Estoy lucido!

Una voz. Si mal escoje
quien dicha tiene,
que no se enoje
si un lance viene
que le despoje
de todo el bien.

Coro. Tú te metiste
fraile mostén;
tú lo quisiste,
tú te lo ten.

Una voz. ¡Pobre Paulino!
tú porque hiciste
un desatino,
quedas alpiste:
ya tu destino

pega un vaivén.

Coro. Tú te metiste, &c.

Pau. Pero si yo no soy fraile mostense, ni trapense; ¡vaya!

ESCENA VII.

EL REY *de los Gnomos, y un infinito número de estos en figura de diablos.* — PAULINO.

Rey. Llegó tu hora.

Pau. Ese reloj adelanta medio siglo. (*Las ruinas, las peñas y el mar se tiñen de fuego: grupos de diablos aparecen en el aire, en el suelo, en las ruinas, en todas partes; un tropel de ellos acomete á Paulino.*) ¡Huy lo que aparece aqui! El infierno debe estar de parto. Señores momos ó salamanquesas, ó lo que fueren, yo me arrepiento de mis impulsos honrados. Yo me correjiré; yo me resigno á ser tan afortunado, y tan maula ó tan estúpido como usarcedes quieran.

Rey. No hay misericordia.

Pau. Hagamos un ajuste: que no me pinchen ni anden á tizonazos conmigo, y me allano á recibir una cuarentena de palos.

Los gnomos. No.

Pau. El doble y pico: ciento.

Gnomos. No.

Pau. Doscientos: me parece que me pongo en razon. ¿Acomoda?

ESCENA VIII.

FORTUNIO. — DICHOS.

For. No: has de espirar entre horribles suplicios. Llevadle: obedeced á la omnipotencia de la vara que empuño.

Pau. (*Quitándosela.*) Ahora la empuño yo: tu poder es mio.

For. ¡Perdido soy!

Pau. Obedeced á esta vara, chusma precita: embestid á ese pícaro. (*Los gnomos se apoderan de Fortunio.*) Entrégate, infame: póstrate en tierra sin decirme palabra. (*Fortunio cae en el suelo.*) ¡Hola! ¿Con que tú desplegabas contra mí todas las visiones de San Antonio Abad,

eh? Pues conviértete en su compañero. (*Húndese Fortunio, y sale en su lugar un cerdo.*) Soplon, házle tú aire, para que se ventile mientras yo le toreo. (*Un diablo, que tiene unos fuelles que echan fuego, persigue al cerdo: Paulino se queda vestido de torero, y toma una muleta y una espada de manos de unos chulillos que salen al mismo tiempo.*) Ala, torito, ala: entra, entra. Banderilleadle, y yo le mataré luego. Asi conocerá que con un tonto ni aun la misma fortuna puede. (*Los chulos capean á la res; tocan á matar, y Paulino la remata de una buena.*) A la zalú é la gente de ezta tierra.

FIN DEL CUADRO SESTO.

Cuadro séptimo.

Mansion del olvido: una gruta cubierta de moho y telarañas.

ESCENA PRIMERA.

DON TURULEQUE, *entrando á tientas.*

¡Ay! me vá á dar un causon:
mi vida estuvo en un tris.
Paulino á todo el país
ha puesto en revolucion;
y en la fiera trapisonda
que mueven los de su bando,
escapé á pata y andando
sin aguardar á mi ronda.
Por fortuna que he venido
á esconderme á buen lugar:
¿quién diablos se ha de acordar
de la mansion del olvido?
Seno tenebroso y rudo,
guaréceme en tus entrañas
entre polvo y telarañas
hasta saber si soy viudo.
Mañana el trimestre justo
desde el certámen termina:
sin duda en esta bolina
muere mi mujer de susto.

ESCENA II.

MARI-CASTAÑA, *saliendo por otro lado, y creyéndose sola.* — DON TURULEQUE.

Cast. Ocúlteme esta mansion,
del olvido apellidada,
en tanto que la asonada
descarga el primer turbion.
Del trimestre acaba el plazo
mañana, y de ello se infiere
que á las pocas horas muere
mi esposo de algun porrazo.
Aunque lo debo sentir,
consolaréme despues:
¡aquel bostezo da tres
meses antes de morir!

Tur. Lo que del Señor está
sucede como él lo manda. (*Encuéntranse.*)

Cast. ¡Ay! tropecé en cosa blanda.

Tur. ¡Hola! ¿quién viene?

Cast. ¿Quién va?

Tur. (*Aparte.*) Esta voz punto por punto
tendrá, muerta, mi mujer.

Cast. (*Aparte.*) Esta voz debe tener
mi esposo en siendo difunto.

Tur. ¿Quién va?

Cast. (*Aparte.*) Pues: ya suena estraña.
¿Quién viene?

Tur. (*Aparte.*) Ha sufrido un trueque:
no hay duda.

Cast. ¿Eres Turuleque?

Tur. ¿Eres tú Mari-Castaña?

Cast. Yo soy.

Tur. Yo soy.

Cast. (*Ap.* Todo enfado
se borra de mi memoria.)
Dios te corone de gloria.

Tur. Dios te haya perdonado.

Cast. Te dejé en casa por cierto
el atabud prevenido.

Tur. De parte de Dios te pido
que me digas cómo has muerto.

Cast. Con la esplendidez que quepa
te enterrará tu María.
Tur. ¿Enterrarme? Todavía
no me he muerto, que yo sepa.
Tú eres la que ya serás
ánima del purgatorio.
Cast. Se equivoca el vejestorio:
vivo y viviré y tres mas.
Tur. Míralo con detencion,
que puedes equivocarte.
Cast. ¿Me muriera sin pasarte
un recado de atencion?
Llega y toca. (*Tiéntanse.*)
Tur. (*Aparte.*) ¡Ay qué desdicha!
Vive.
Cast. (*Aparte.*) Vive; mas no importa:
su vida será bien corta.
Tur. (*Aparte.*) Por fin, mañana despicha.
Cast. (*Aparte.*) Yo debo darle razon
de lo que le va á pasar.
Tur. (*Aparte.*) A mí me toca evitar
que espire sin confesion.
Cast. ¿Te ha dado algun accidente
en medio del alboroto?
Tur. ¿Estás mala? porque noto
que alientas dificilmente.
Cast. Aunque de correr cansada,
nunca me sentí mas buena.
Tur. Ni yo.
Cast. Pues, hijo, da pena
(*Asiéndole una mano.*)
tu pulsacion ajitada.
Tur. Siéntate y descansa: aqui
hay un pedrusco.
Cast. Yo quiero
que te sientes el primero.
Tur. Cederé.
Cast. Cedo por tí. (*Siéntanse.*)
Tur. Para escuchar un fracaso,
hablemos en buen romance.
Cast. No es para menos el lance.
Tur. No es para menos el caso.—

Nuestro fatal matrimonio
fué un contínuo padecer.

Cast. Ya: tú eras un lucifer.

Tur. Tú eras el mismo demonio.
Pero ya, ¡gracias á Dios,
nuestra suerte se ha cambiado!

Cast. Porque tú te has enmendado.

Tur. Has sido tú.

Cast. Bien, los dos.

Tur. Eso es; y va á hacer tres meses
que competimos atentos
á tenernos miramientos
cariñosos y corteses.

Cast. Yo pasé mi mocedad
en gemir y detestarte;
mas ya empezaba á cobrarte
una buena voluntad.

Tur. Y yo igual: en dulce calma
paró la guerra encendida.

Cast. ¡Turuleque de mi vida!

Tur. ¡Mari-Castaña del alma! (*Se abrazan.*)

Cast. Pero cuando llego á verte
renunciar á tus deslices,
no nos deja ser felices
el rigor de nuestra suerte.

Tur. Es una coincidencia
de lo mas raro y funesto;
pero arriba lo han dispuesto:
no hay mas que tener paciencia.

Cast. Con que, hijo...

Tur. Adorada esposa,
seria muy conveniente...

Cast. Como andas intercadente...

Tur. Como estás harto achacosa...

Cast. Podríamos mano á mano
ir á un pueblo en derechura...

Tur. Sí tal; y buscar al cura...

Cast. Y en seguida al escribano.

Tur. Yo por mi parte no intento
coartar tu libertad:
haz segun tu voluntad
las mandas del testamento.

Cast. El mio no corre prisa;
el tuyo es el que urje y mucho.
Tur. Mujer, escucha.
Cast. No escucho:
haz tú lo que se te avisa,
y...
Tur. ¡Oh!
Cast. ¿Qué O ni que U?
Estás de peligro.
Tur. ¡Bah!
Cast. Te mueres mañana.
Tur. ¡Ca!
Si quien se muere eres tú.
Cast. ¿Yo? — Dime: ¿recuerdas cuántas
veces se te abrió la boca
en aquel certámen?
Tur. Poca
cosa: tres, y á tí otras tantas.
Cast. Pues aquel era un indicio
de que en tres meses morias.
Tur. Morias tú.
Cast. ¡San Matias!
No sino tú.
Tur. ¡San Patricio!
Cast. Mateo lo adivinó.
Tur. Mateo me lo predijo.
Cast. ¡Ay Dios!
Tur. Entonces es fijo
que nos morimos tú y yo.
Cast. ¡Ay! debe ser verdadera
la profecía nefanda,
pues la cabeza se me anda
como una devanadera.
Tur. Yo siento en el mesenterio
un ataque repentino,
que en breve me hará inquilino
de un nicho del cementerio:
y aunque me esfuerzo á dudar
que en la parroquia me obsequien
mañana, ya escucho el *requiem*
en mis oidos zumbar.
Cast. La sobrepelliz y el gorro

veo del sochantre Lucas,
y oigo ya el *ne nos inducas*
cantado al son de píporro.

Tur. ¡Morir cuando ya en descanso
á dejarme principiabas!

Cast. ¡Morir cuando te mudabas
en un corderillo manso!

Tur. Suerte perversa y maldita,
contra tí levanto el grito.

Cast. ¡Ay pobre Turulequito!

Tur. ¡Pobre Mari-Castañita!
¿Con que moriremos?

Una voz dentro. Sí.

Cast. Sí, han dicho.

ESCENA III.

VIRTELIO, *con un farol, y embozado.* FORTUÑIO, *embozado.* — DICHOS.

Vir. (*A Fortunio.*) Sí, ven corriendo,
que yo tu vida defiendo
pues necesitas de mí.

For. Gracias.

Vir. No te encontrarán
los de esa vil sedicion.

Tur. Mira el farol de la uncion (*A María.*)
y el cura y el sacristan.

Vir. (*A Fortunio.*) Ven.

Tur. (*A Fortunio.*) Señor, con dolor grande...

Cast. De nuestros dos corazones...

Tur. Venimos...

(*Se arrodillan dándose golpes de pecho.*)

For. Vivid, simplones.

(*Vanse Fortunio y Virtelio.*)

Tur. Basta que usarced lo mande. (*Levántanse.*)

ESCENA IV.

PAULINO. RASPON. BADAÑA. MATEO. PUEBLO *armado.* — TURULEQUE. MARI-CASTAÑA.

Pau. (*Dentro.*) Llegad, busquemos al brujo,

aunque sea en los infiernos.

Tur. ¡Ay! tratemos de meternos
por aqui á lo somorgujo.

(*Vanse Turuleque y Mari-Castaña, y sale Paulino vestido de caballero con la vara en la mano y seguido de Pueblo con armas y luces. Algunos cruzan la escena en busca de Fortunio. Badana conduce preso á Mateo.*)

Rasp. ¡Viva nuestro rey Paulino!

Bad. Señor, se prendió á Mateo:
vedle.

Pau. Ahorcado estará feo:
degolladle en el camino.

Mat. Sí, siempre para en tirano
el idiota con poder.

Pau. Calle, si no quiere ver
cómo á patadas le aplano.

Mat. Quien de bagaje sirvió,
¿asi la vergüenza pierde?

Pau. Eh, la vergüenza era verde
y me la he comido yo.
Llevadle. (*Se lo llevan.*) Todo á mi vara
prodijiosa de oro cede.
El oro todo lo puede.

ESCENA V.

GOLONDRO, *con algunos* SOLDADOS. COMINO.—PAULINO. BADANA. RASPON. PUEBLO.

Gol. Todo el valle se declara
por vos; el príncipe Alfonso
queda con su novia preso.

Pau. Pues sin forma de proceso,
que les canten un responso. (*Vase un soldado.*)
Luego mi coronacion
se disponga.

Com. Un mercader
joyas os quiere vender
para la augusta funcion.

Pau. Venga.

Com. Entrad.

ESCENA VI.

SOFRONIO, *de mercader, seguido de un muchacho que trae una arquilla de joyería y galas.* — DICHOS.

Sof. (*Ap.* Virtelio exije
que la vara le volvamos
á Fortunio.) Señor...
Pau. Vamos,
¿qué traeis?
Sof. Ved.
(*El muchacho se acerca y Paulino rejistra la arquilla con desden.*)
Pau. ¡Cuánto dije
hay! ¡cuánta banda bordada!
Sof. Escojed.
Pau. Nada me incita.
Sof. Ved mas.
Pau. Eh, no: quita, quita.
(*De repente un objeto le llama la atencion y lo coje con la mano izquierda, porque en la derecha tiene la vara.*)
¿Qué es esto?
Sof. Una cabezada.
Pau. ¿De asno?
Sof. Sí. Ved su ramal.
(*Sacando uno arrollado.*)
Pau. ¡De seda! Esto me enamora.
Dadme, dadme.
(*Toma el ramal tambien con la mano izquierda.*)
Sof. Ved ahora
¡qué magnífico bozal! (*Lo muestra.*)
Pau. Sí, sí: venga.
(*Al tomar el bozal con la mano derecha, cáesele la vara, y cójela Sofronio.*)
Sof. Vil ladron,
ya tu talisman perdiste.
Vuelve al hoyo en que caiste.
Pau. Misericordia, perdon.
Sof. No lo esperes, no; disponte
á no articular palabra.
Pau. Me perdí como la cabra
por la inclinacion al monte. (*Húndese.*)

Todos. ¿Qué es esto?
Sof. Que el ser villano
que de esta vara al influjo
vuestra rebelion produjo,
era eso.
(*Asoma una cabeza de asno por donde se hundió Paulino.*)
Pau. Un burro soprano. (*Vuelve á hundirse.*)
Todos. ¡Un burro!

ESCENA VII.

DON TURULEQUE. MARI-CASTAÑA.—SOFRONIO. BADANA. GOLONDRO. COMINO. PUEBLO.

Tur. y Cast. (*Saliendo.*) ¿Un burro?
Bad. Debimos
haberle roto los lomos.
Tur. Callad, que no sé que somos
los que no le conocimos.
Sof. Por su medio os engañó
Fortunio en aquel concurso,
donde sin hacer discurso
Paulino, á jestos habló.
Cast. ¿Con que habló solo por jestos?
Sof. Sí.
Tur. ¿Luego son miedos vanos
los que á tantos batuecanos
nos han traido indispuestos?
Sof. Sí.
Tur. No hablando, claro está,
¿cómo habíamos de oirle?
Cast. (*Aparte*) Yo debo restituirle
el crédito á mi mamá.
Bad. Fortunio se ha divertido
con nosotros lindamente.
Tur. (*Ap.* Mi mujer está inocente.)
Mari-Castaña, ¿has oido?
No hay que temer el morir.
Cast. Yà no: todo lo comprendo.
No bostezamos oyendo:
bostezamos sin oir.

Tur. Pues vivimos sin quimeras
contando con enviudar,
¿vamos á no regañar
nunca, hasta enviudar de veras?
Cast. Sí: prometo reprimirme.
Tur. Y yo seré un maridazo
hasta entonces.
Cast. Un abrazo.
Tur. Uno y mil.
Cast. Aprieta firme. (*Se abrazan.*)

ESCENA VIII.

VIRTELIO. FORTUNIO. — DICHOS.

Vir. Sal ya sin recelo.
Sof. (*Viendo á Fortunio*) Sal,
y toma: te restituyo
lo que es de derecho tuyo. (*Dale la vara.*)
For. Premiaré fineza tal. —
Pueblo hasta aqui seducido,
oid el profundo arcano
descubierto por mi mano
en la mansion del olvido.
Vir. Al buscar parte segura
donde Fortunio pudiera
evitar la saña fiera
del traidor que fué su hechura,
encontrámonos un arca,
y habiéndola rejistrado,
se halló un escrito firmado
por el difunto monarca.
For. Dice asi. (*Saca un papel y lee.*)
"El jóven que se ha educado con el nombre de el príncipe Alfonso, no es mi hijo; yo no he tenido ninguno. Alfonso es estranjero; fué traido al valle por una hechicera siendo muy niño y hallándose ciego; su robadora le curó y crió á otro niño con el nombre de Leon, que era el verdadero de Alfonso: Lucía es su hermana. Estinguida en mí la real estirpe, espero que mis vasallos cumplan la ley que manda elejir en este caso no rey sino

reina, y que lo sea la jóven que hubiese últimamente conseguido el premio de la virtud."

Tur. ¡Qué asombro!
Sof. Dar
crédito al papel debemos.
Bad. Sí, porque nada perdemos.
Gol. Pues, y podemos ganar.
Bad. En situacion tan precaria
tratándose de salvarnos...
Gol. Lo natural es pasarnos
á la bandera contraria.
Com. Eso es lo que yo diria.
Vir. Ved firma y sello del rey.
Rasp. Pues que se cumpla la ley.
Tur. Proclamemos á Lucía.
Todos. Sí, sí.
Vir. Por mí libertada,
usa de su soberano
fuero y ofrece su mano...
Bad.
Gol.
Com.
Rasp. } ¿A mí?
Vir. A Mateo. ¿Os agrada
la eleccion á todos?
Todos. Sí.
Tur. Partamos de aqui al momento
á prestar el juramento
á la reina.
Vir. Vedla alli.

ESCENA IX.

Decoracion fantástica rodeada de monumentos erijidos á las virtudes: corónanla grupos de nubes: un sol vivisimo resplandece en el centro. LUCÍA *con manto, cetro y corona real ocupa un rico trono y á sus lados estan* MATEO *y* ALFONSO *de pié. Jenios y ninfas los acompañan colocados á un lado y otro.*

Todos. ¡Viva la reina!
Luc. No existe

mujer mas feliz. ¡Mi bien!
¡Mi hermano! — ¿A quién debo, á quién
tal dicha?

Vir. A tí la debiste,
y para que no lo dudes,
te dedicamos contentos
los tres esos monumentos
símbolo de las virtudes.

For. Reina sin zozobra alguna;
no temas de mí jamás:
encadenada tendrás
á tus plantas la fortuna.
La virtud y ciencia trato
de protejer desde hoy:
¡bien escarmentado estoy
de hacerle bien á un ingrato!
Ya que un favor recibí,
quiero de él mostrarme digno:
en vuestras manos resigno
(*A Sofronio y Virtelio.*)
la vara que antes perdí.
A vosotros os confiero
el cargo reparador
de rodear de esplendor
al mérito verdadero.
(*Entrega la vara á Virtelio.*)

Vir. ¡Bien hoy tus favores truecas!

For. A quien debo los consagro.

Mat. ¡Lástima que este milagro
solo pase en las Batuecas!

(*Las ninfas y jenios ejecutan un baile.*)

FIN DE LA COMEDIA.

Nota. El autor ha tenido presente para esta comedia dos del teatro francés, una antigua y otra moderna, que son *Thimon le misan throp*e de Mr. Delísle, y *La Voliere de Frère Philippe* de Scribe, Mélesville y Delestre-Poirson.

MONTANER Y SIMON EDITORES, BARCELONA

HISTORIA UNIVERSAL

ESCRITA PARCIALMENTE POR VEINTIDOS PROFESORES ALEMANES BAJO LA DIRECCION DEL EMINENTE HISTORIOGRAFO

GUILLERMO ONCKEN

HISTORIAS GENERALES DE LOS GRANDES PUEBLOS—ESTUDIOS DE LAS GRANDES ÉPOCAS

MONOGRAFÍAS DE LOS GRANDES HECHOS—BIOGRAFÍAS DE LOS GRANDES HOMBRES

Traduccion directa del original aleman por reputados escritores, conocedores particulares de los respectivos tiempos

Director de la publicacion:

DON NEMESIO FERNANDEZ CUESTA